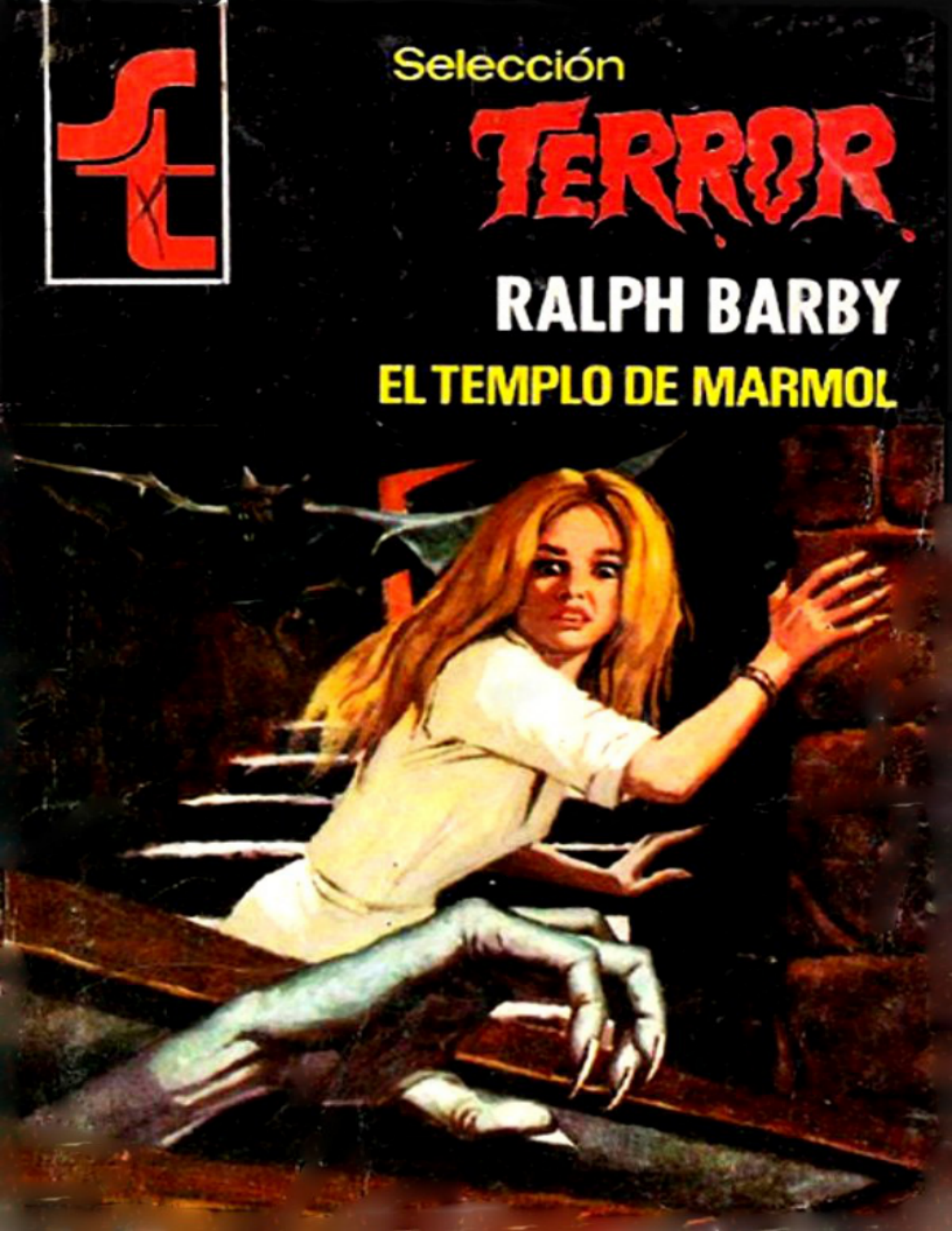

Selección
TERROR
RALPH BARBY
EL TEMPLO DE MARMOL



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

335 – Los colmillos del reptil, *Ralph Barby*.
336 – Hermandad de brujas, *Lou Carrigan*.
337 – Después del horror, *Ada Coretti*.
338 – La protegida del espectro, *Ralph Barby*.
339 – La venganza de una bruja, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

EL TEMPLO DE MARMOL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 340
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 24.761 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: septiembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Iris conducía moderadamente el Mercedes Benz deportivo de color rojo. Había tenido ya dos accidentes de automóvil en su vida y no deseaba repetir con un tercero. Era como si con los años (se acercaba ya a la treintena) hubiera tomado más aprecio a la vida.

La carretera se convertía en ocasiones en una recta interminable bajo el sol implacable. Daba miedo pensar en una avería del coche teniendo en cuenta la escasa circulación de aquella vía de tercer orden que cruzaba vastas extensiones de páramos que, de no ser por los arbustos bajos y espinosos y cactáceos en general, se habría podido llamar desierto.

Iris conocía bien aquella carretera barrida de cuando en cuando por el polvo arenoso del páramo; colinas bajas se levantaban a derecha e izquierda.

—No es un panorama muy hermoso —comentó June a su lado, mirando a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol mientras se protegía el cabello con una pamela blanca.

—Nunca se sabe bien lo que es hermoso o lo que no lo es; pienso que la valoración es subjetiva y se ve hermoso lo que es distinto a lo que conocemos.

—No filosofes ahora, Iris, no te va.

—Hum, ha hablado la abogado June con licencia en Massachusetts, New Jersey y California, y eso que es joven, muy joven, casi una niña. Su papá está orgullosísimo de ella.

—Parece que me estés presentando a tus amistades.

—Es que ya lo he hecho, June, así he hablado de ti y todos están ansiosos por conocer de cerca a la brillante doctora en leyes. Y se van a quedar boquiabiertos al ver que es tan joven y con aire ingenuo, aunque me terno que te van a preguntar si es cierto eso de que el ambiente de la universidad es promiscuo y no cesáis de practicar el amor libre.

—Vaya, formáis un grupo un poco aburrido y os divertís con el agridulce juego de la chismografía, ¿eh?

—Puede que sea como tú dices, de alguna forma tenemos que divertimos —aceptó Iris con una sonrisa que estaba cargada de vivencias y sarcasmos—. Pero, no creas que tú, dentro de algún tiempo, vas a ser muy diferente.

—Pienso independizarme y ejercer.

—Bah, eso lo dices ahora. Acabas de salir de la universidad, has pasado por las recalificaciones de los distintos Estados y tu cabeza está llena de gorjeos que suenan a artículos del código de justicia, pero el tiempo pasa, pasa como las millas de esta carretera. ¿Acaso piensas que si abres un bufete de abogado vas a tener clientes enseguida, clientes que te permitan vivir como tú deseas?

—No seré muy ambiciosa, para comenzar.

—Métete en la cabeza que eres muy joven y además una mujer. Eso, aunque te reviente, también importa. Se dice que nuestra nación es un

matriarcado, pero no ejercemos desde los puestos de mando si no desde la cama y la cocina. Mandamos casi de forma subliminal como dicen ahora. Les decimos a nuestros esposos o amantes lo que nos interesa, se lo repetimos una y otra vez hasta que él, en el lugar que ocupa, se encarga de complacernos. Pero, ten cuidado, niña, porque si lo que quieres es mandar desde los despachos, entonces los hombres se enfrentarán a ti y ahí tenemos mucho que aprender.

—¿Me hablas de experiencias tuyas o tratas simplemente de desanimarme para que me convierta en un objeto de lujo viviente, uno más de la comunidad?

—Será el confort, el lujo, la inexistencia de horarios fijos, los vestidos hermosos y un largo etcétera, los que te convenzan de que mientras se pueda, hay que vivir. June, June, eres una muchacha afortunada, tu padre es millonario, no te falta nada. Has estudiado y hay que admitir que con aprovechamiento. Eso te iría bien para lucirte, para darte un aire sofisticado, para introducirte con más aplomo en los círculos de los hombres. Con muchos de ellos tendrás más éxitos, se encapricharán de tu cuerpo al tiempo que de tu inteligencia y querrán llevarte a la cama para someterte y pensar después que ellos te han poseído en tu totalidad.

—No digas vulgaridades.

—Será así, yo conozco bien a los hombres.

—¿Por eso pudiste atrapar a mí padre?

—No te he caído nunca bien, ¿verdad, June?

—Papá enviudó, ¿por qué no habría de poder casarse de nuevo? —comentó entre irónica y sarcástica desviando su mirada hacia el panorama hostil bañado por el sol.

Por allí corrían los lagartos y serpenteaban los reptiles; las arañas aguardaban en sus telas y los insectos revoloteaban o caminaban en todas direcciones. Vista a distancia, cualquiera habría podido jurar que aquella tierra estaba muerta.

—Tú hubieras deseado que tu padre se casara con una mujer mayor, con diez años más que yo.

—Le hubiera correspondido más.

—Tu papá, con tres o cuatro veces al mes de dar rienda suelta a su sexo, tiene bastante. Para él es más importante mostrarme elegante y atractiva a sus amistades, a sus compañeros de negocio, y presumir de que goza cada día del amor conmigo.

—¿Por qué te empeñas en seguir siendo vulgar?

—Soy sincera y, la verdad. June, creía que una muchacha joven como tú, recién salida de la universidad, aceptaría mejor la sinceridad.

—Tu sinceridad es cinismo.

—¿Y consideras malo el cinismo?

—¿Le hablas a mí padre en igual forma?

Iris soltó una carcajada que no era en absoluto falsa, pues estaba cargada

de sinceridad.

—Tu padre, querida, es más cínico que yo. Tus largas permanencias en la universidad no te han permitido conocerlo bien. —Suspiró, cortando la carcajada que tuvo la impresión molestaba a su hijastra.

—Yo desearía que fuéramos amigas. Vamos a disfrutar del mismo confort, de la misma fortuna del mismo status de vida. Como te vas a tomar un período de descanso, unas largas vacaciones antes de enfrentarte a la vida como deseas, tendrás ocasión de conocer la fauna que compone la sociedad en la que estás inmersa, te guste o no. Ah, y cuando te hayas dado un par o tres veces de narices contra las puertas de los antedespachos solicitando un puesto en compañías de abogados, acabarás pidiendo a tu padre que utilice sus influencias, que son muchas, para que te hagan un hueco en una agencia de seguros o algo por el estilo, donde al cabo de los meses te darás cuenta de que allí estás tan de adorno como un jarrón chino lleno de orquídeas ecuatorianas.

—Muy mordaz.

—Y si crees que has conseguido algún empleo por ti misma en unas oficinas dirigidas por alguien muy cortés, muy caballeroso, investiga después si ese tipejo que parece creer en ti, dándote una oportunidad, no telefonea a tu padre pidiéndole favores.

—¿Cuántos años hacen falta para tornarse tan viperina?

—Aquí en el desierto, donde hace tanto calor, pocos años querida, muy pocos, y la verdad es que hay que protegerse mucho el cutis y la piel de todo el cuerpo o se corre el riesgo del resecamiento.

Volvió a reírse. June estaba muy molesta porque no veía la forma de replicarle con la sagacidad necesaria para herirla. Cuando creía haberla cortado, Iris se reía y era la propia June la que se sentía irritada consigo misma porque acababa pensando que lo mejor que podía hacer era ser amigable con Iris que de leyes no sabía más que se pasaba un disco de tráfico o no, pero en el buche de la vida había metido muchas experiencias y parecía que había sabido digerirlas a su interés y conveniencia.

—¿Ahora qué piensas, June, cómo meterme un pleito? —volvió a reírse.

—¡Eres imposible, Iris, imposible! —estalló June y de pronto también se echó a reír.

Iris extendió su brazo derecho y lo pasó por encima de los hombros de su hijastra, atrayéndola hacia sí y riendo juntas.

—Así está bien. Hablando va todo mejor, mucho mejor, lo malo es aislarse, mantener los resentimientos. Si tú ríes, yo me reiré si llega el caso, nos daremos un par de bolsazos en la cabeza o nos tiraremos de los pelos y te voy a ganar porque tú los llevas más largos. —Volvieron a reír—. La comunicación. June, la comunicación, eso es importante. La soledad vuelve loca a la gente y termina por resecarla o matarla. Sí, la soledad asesina.

—¡Cuidado!

Por una de las escasísimas curvas que tenía la carretera que ahora rodeaba unas colinas, acababa de aparecer un camión de gran tonelaje que iba centrado

en la carretera y que al verlas no se apartó lo más mínimo.

Iris maniobró violentamente haciendo girar el volante y se salió del asfalto. El coche dio unos tumbos por entre los matojos espinosos y terminó contra una roca.

—June, June, ¿estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes por mí.

Iris se subió sobre el asiento del coche y se volvió hacia la carretera. A lo lejos sólo se veía un bulto oscuro que se alejaba y le gritó sin pensar que no sería oída.

—¡Hijo de perraaaa!

—Basta ya, Iris, no te van a oír.

Iris se dejó caer en el asiento. Cruzándose de brazos, farfulló:

—Es un hijo de puta, sí, un hijo de puta. Todo iba bien y ha tenido que salir él en mitad de la carretera.

—La culpa ha sido suya, no tenía por qué ocupar toda la calzada.

—En lugares solitarios lo hacen a propósito y más si ven mujeres en los coches, nos avasallan. Nos quieren dar un sustito y nos hacen saltar de la carretera. Seguro que lo sacó con fórceps del vientre de su madre un médico paranoico, lo malo es que no tiene remedio...

Iris se apeó del coche tras comprobar que no conseguía ponerlo en marcha. Miró como pudo por debajo del motor y vio que goteaba aceite y había ya una mancha bastante grande.

—Ahora nos tendrán que sacar de aquí. ¿Hay refresco en la cantimplora?

—Sí —dijo June, agitándola.

—Pues, dame un trago, empiezo a tener sed.

Iris bebió y luego le tendió la cantimplora.

Cuando June bebió, tragó el líquido fresco con facilidad, pero de inmediato le subió una oleada de calor del estómago a las mejillas.

—Pero, ¿qué hay aquí dentro?

—Naranjada.

—¿Naranjada? —repitió, incrédula.

—Sí, naranjada con vodka, es para darle un poco de consistencia.

—Pero, ¿qué cantidad de vodka has puesto? —Antes de que Iris, su jovencísima madrastra le respondiera, June rezongó: —Estamos en el desierto de California y no en Siberia.

—Es que la naranjada, sin un poco de vodka, ginebra o tequila, está como el "muñequito" de un sesentón, no entra bien. Puaf, qué asco.

June cerró la cantimplora. Tenía que tomar a Iris como era o alejarse de ella porque discutir no valía la pena.

—¿No oyes nada, Iris?

—¿Un abejorro? Dicen que los abejorros del desierto pican muy fuerte.

—No, es un helicóptero. Mira, allá en la dirección del sol...

Iris se hizo pantalla con la mano y asintió.

—¡Es cierto, un helicóptero, toca el claxon y mueve la mano!

El helicóptero venía en la misma dirección de la carretera. Iris comenzó a dar saltos moviendo su mano y June tocaba el claxon al tiempo que agitaba su pamela.

El aparato describió un círculo sobre sus cabezas y luego descendió junto a la carretera.

—¿Has visto que preciosidad, June? ¡Son los muchachos de la policía!

El helicóptero era de dos plazas y ambas iban ocupadas, una de ellas por el piloto y la otra por un sargento que fue quien saltó del aparato. Acercándose a ellas preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Iris casi saltó sobre él y le besó en ambas mejillas.

—¡Sargento, es usted nuestro salvador! Creíamos ya que íbamos a morir en la soledad del desierto.

—Bueno, bueno, no es para tanto —rebatió el joven y alto sargento. June le vio avanzar hacia el «Mercedes» sin moverse de él, observándole con actitud crítica—. Por aquí pasan coches, cualquiera podría ayudarle.

—Oh, si aquí no para nadie, todos pasan a velocidad. Nadie quiere pararse en el desierto por si el coche ya no vuelve a arrancar.

—¿Qué ha sido, una salida de la carretera?

—Un hijo de... Bueno, un camionero que venía por el centro de la calzada se nos ha echado encima sin dejarnos sitio. Me he tenido que salir de la carretera y esa roca estaba ahí, la muy... El caso es que hay que llamar a la grúa.

—Eso no será difícil. —Sacó un sobre y de él, un globito.

—Eh, sargento, ¿qué es lo que pretende?

—Que sople.

—¿Soplar yo ahí? No, no, yo quiero un abogado.

—Bueno, eso se hará contar en el repórter.

Iris se echó a reír.

—Está bien, pero que conste que he bebido un refresco ahora mismo y no antes.

Sopló el globo y éste se tiñó de color.

—Conque refresco, ¿eh?

—Maldita sea... —Se volvió hacia June—. Tú, no te rías y dile la verdad.

—Sargento, mi madre dice la verdad. Ande, tome un traguito, es naranjada.

—¿Su madre? Yo hubiera jurado que eran hermanas...

—Soy la segunda esposa del padre de esa niña bonita —puntualizó Iris, irritada.

El sargento tomó la cantimplora, la olfateó primero y luego bebió un largo trago.

—Está fresca —observó, satisfecho.

—Sargento, sople, sople usted un globito ahora.

—¿Yo?

—Sí, usted —le pidió June.

Iris, comprendiendo cuál era la jugarreta que acababa de realizar June, le exigió:

—Sí, sí, usted, soplo, sople un globito de esos que lleva para humillar a la gente.

—Eh, yo no soplo ningún globito, yo soy la ley.

—Y ella es mi abogada —dijo Iris, señalando a June.

—¿Ella su abogada? —El sargento de la policía se echó a reír.

June abrió su bolso y sacó la licencia que mostró al tiempo que decía:

—Sargento, usted también está bebido, por lo menos lo prueba el hecho de que se niega a soplar un globito.

—Diablos, no irá usted a alegar eso en defensa de su madrastra en un juicio, ¿verdad?

—Si usted me obliga...

—¡Bien dicho, June! Como el otro que pos ha hecho salir de la carretera, era un camionero y los machos siempre se ayudan.

—Bueno, no será tanto. —Miró al helicóptero que seguía haciendo girar su rotor y dijo—: Les enviaré una grúa. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Al rancho O’Malley.

—¿Conocen al señor O'Malley?

—Claro. Debe ser usted nuevo por aquí, ¿eh, sargento?

—Pues sí, hace poco que me han destinado a este sector. Bien, enviaré una grúa para que las lleve al rancho O'Malley y luego, allí podrán apearse y la grúa se llevará el coche al taller. ¿Han visto la matricula del camión?

—No. Era negro, muy grande. Yo estaba dando tumbos cuando el tipo ese se alejaba riendo.

—Sólo puedo decirle que era Transportes de fibra de vidrio Thompson and Garret.

—Thompson and Garret, ¿eh?

Iris miró asombrada a su hijastra.

—No me digas que has podido leerlo...

—Pues sí, veo bien a distancia.

El sargento de la policía tomó nota.

—Haré las debidas comprobaciones.

Fue hacia la carretera. Miró al asfalto y observó las marcas de los neumáticos. Se acercó luego al helicóptero y habló con el piloto. Tomó una cámara e hizo varias fotografías del marcado del asfalto.

—Bueno, ¿qué opina, sargento? —preguntó Iris, poniéndose en jarras.

—Pues, parece que tiene razón. Antes de dos horas tendrán aquí la grúa. No hagan autostop, no suban a ningún coche que se les ofrezca.

—¿Por qué, sargento, es que hay vampiros por esta comarca?

—Hagan lo que les digo. ¿Llevan pistola?

—Sí, una en la guantera.

—Si alguien se acerca, le piden que se marche y si no les obedece, utilicen

la pistola.

—¿Quiere decir que lo matemos? —parpadeó Iris.

—No, no, eso no. Disparen al aire para amedrentarlo; de todos modos, vigilaremos la carretera.

—Oiga, sargento, está usted muy misterioso. ¿Ha ocurrido algo malo por este lugar?

—Sólo tengan cuidado; ahora, llevamos prisa. ¡Suerte!

El helicóptero se comió los gritos de Iris mientras June seguía dentro del coche.

El calor se hacía sentir cada vez más. No era lo mismo estar circulando a sesenta millas hora por aquel maldito páramo que estarse quietas en un lugar fijo, recibiendo aquel tórrido sol que todo lo abrasaba. Vieron elevarse en el espacio el helicóptero como un gigantesco insecto.

Iris se volvió hacia June y le dijo:

—Has estado muy bien, ese polizonte se las quería dar de listo.

June había sacado de la guantera una pistola cromada que bajo los rayos del sol centelleaba como un espejo.

—¿La has utilizado alguna vez?

—¿Yo? Creo que si disparo con ella me voy a caer sentada al suelo o me voy a peinar las pestañas a balazos.

June estiró su brazo armado. Apuntó al mojón marcador de millas y apretó el gatillo tras quitar el seguro. El ruido del proyectil al chocar contra la piedra fue inequívoco. Iris silbó, admirada.

—Vaya, ¿también enseñan en la universidad a disparar con pistola?

—No exactamente, pero un abogado debe saber lo que es una pistola si espera defender a quien ha podido utilizarlas. Como yo quería estar mejor preparada, hice un cursillo de tiro con pistola y con rifle. No se me da mal, ¿sabes?

Volvió a disparar, haciendo blanco de nuevo.

—Vaya, creo que te he subestimado, June. Si se acerca algún sátiro psicópata, delego en ti toda la acción disuasoria con armas de fuego.

June se rió y preguntó:

—¿No crees que si subimos la capota soportaremos mejor el sol?

CAPÍTULO II

Mulligan conducía sin prisas el automóvil. Los faros prolongaban a lo lejos sus haces de luz, barriendo el asfalto y deslumbrando a pequeños animales que se atrevían a cruzar la carretera.

—¿Por qué no vamos más rápidos? —gruñó a su lado Bert que iba bebiendo del gollete de la botella de whisky que sostenía entre sus manos, casi podía decirse que crispadas.

—Es peligroso ir aprisa, puede pararte algún patrullero.

—Bah, no hay patrulleros ahora en la noche y menos en una carretera infernal como ésta.

—No sé por qué diablos me he conchabado contigo...

—¿Qué te quejas? —gruñó Bert.

—Eres demasiado impulsivo, te dejas llevar por la botella y para no pudrirse tras los barrotes de la cárcel hay que ser frío, muchacho.

—¿Como tú? —inquirió, tratando de ser hiriente.

—Tengo más años que tú, casi el doble, y sigo libre.

—Has estado dos veces en chirona.

—Bah, tonterías de juventud, luego no han vuelto a atraparme.

—¿Y qué has ganado, un coche de segunda mano?

—Y ser libre. ¿Te parece poco?

—Siempre hacemos cosas pequeñas y yo le tengo ganas a algo gordo.

—¿Cómo atracar un Banco, por ejemplo?

—No estaría mal tener un millón de dólares entre las manos.

—Atracar un Banco es jugarse la piel. La mayoría de los que escogen ese camino terminan con varios balazos en el cuerpo y enfriándose contra el pavimento de cualquier acera. He vivido más que tú y sé que hay que hacer bien las cosas, pero algún día haré algo grande, ya lo verás.

—No me digas... ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Ya te lo contaré en otro momento.

—¿Por qué no ahora?

—Porque llevas demasiado whisky en las tripas, estás hecho una esponja.

—¿Es que crees que no puedo hacer un trabajo?

—Sí, claro que sí —respondió con tranquilidad Mulligan viendo la agresividad incipiente de Bert que había bebido en exceso.

Mulligan iba vigilando los mojones y cuando rebasó el ciento cuarenta y siete, disminuyó la velocidad. Al poco, se salió de la carretera por un camino sin asfaltar, un camino que apenas quedaba marcado.

Las suspensiones del coche se pusieron a prueba y Mulligan se esforzó en sujetar el vehículo y evitar cualquier percance desagradable.

Al fin, el automóvil se detuvo en un lugar donde debía de haber un pozo de agua. Sombreándolo durante las horas de sol, habían colocado un techado de ramajes sostenido por troncos retorcidos que no desdecían de la aridez del

paisaje.

Cuantos circulaban por la carretera y conocían aquel lugar, bien por haber estado antes en él o porque se habían entretenido en observar con atención la guía de carreteras donde venía indicado el pozo de agua, no siempre en condiciones de ser utilizado, se detenían allí como lo acababa de hacer el pesado Chrysler que conducía Mulligan.

—Bueno, vamos a trabajar.

Mulligan apagó el motor del coche y se apeó. Dio la vuelta al auto y abrió la tapa del maletero. Dentro de él, sobre una manta, había una muchacha que quedó iluminada parcialmente por el haz de luz de una linterna.

—Vamos, Bert, ayúdame —pidió alzando su voz, sabiendo que sólo su compañero podía oírle.

—Ya voy.

Bert se reunió con Mulligan y ambos observaron a la muchacha. Bert comentó:

—Sigue dormida.

—Vamos, ayúdame.

—Es guapa, ¿eh?

—Sí, es joven y guapa. Hay que desnudarla.

Bert bebió el último trago de la botella y la arrojó lejos de sí.

—Quince mil dólares por una chica, no importa quién sea ni su nombre ni nada. ¿Quién es el loco que paga?

—No lo sé —respondió casi con un gruñido Mulligan que había comenzado por quitar el reloj a la muchacha y un anillo que llevaba consigo.

Sacó luego una navaja y procedió a cortar la tela de su vestido.

—Pues, deberías saberlo.

—No sé quién es el pagano, el caso es que paga.

—¿Será un loco?

—Es lo más probable, pero paga y eso es lo que importa.

—¿Qué hace con las chicas?

—No lo sé, ni me interesa saberlo.

—Si cogen al loco asesinando a las chicas nos acusarán de complicidad en los crímenes. ¿No te da miedo eso, Mulligan? —Se echó a reír.

—Yo no sé qué asesinen a nadie. Me pagan por gastar una broma, sólo una broma. Lo que ocurra después lo desconozco, por tanto no soy cómplice de asesinato.

—Bueno, si quieres dejarlo en secuestradores...

—No te pongas idiota y ayúdame a sacarla de la cajuela.

Con las bragas quitadas tras ser cortadas por los lados, sin sujetador, sin zapatos sin nada que fuera susceptible de identificación sacaron a la muchacha del portaequipajes.

—¿Sabes qué haría yo ahora con ella? —rezongó Bert.

—Lo que estás deseando lo haces con otra y le pagas luego cien dólares de los siete mil quinientos que vas a ganar, de modo que déjala en paz.

—Es que con ella tendría más gracia, más atractivo...

Volvió a reír. Las carcajadas de Bert, cuando estaba bebido, irritaban a Mulligan que ya de por sí, cuando cometía un delito, estaba en tensión pese a su aparente tranquilidad y frialdad.

Mulligan cargó con el cuerpo de la muchacha sobre sus hombros y echó a andar alejándose de allí. Bert caminaba a su lado.

—¿Pesa?

Mulligan, que tendría sus cuarenta y cinco años, resoplaba. Al fin se detuvo y pidió:

—Cárgala tú ahora.

Bert la colocó sobre sus hombros y le relevó en el transporte de la joven.

—¿Y si despierta ahora?

—El inyectable que le hemos puesto la hará dormir por lo menos una hora más.

—Pobre pequeña idiota... Cuando despierte no se ve a creer dónde está.

Siguieron ascendiendo por una colina y la rebasaron, Descendieron y en un lugar donde a la luz de la gran luna destacaba una gran piedra ovalada, que a distancia podía llegar a parecer un gigantesco huevo aunque su superficie era plana, depositaron a la muchacha tras haberse repartido el transporte en varias ocasiones durante el trayecto.

—Bueno, va está —dijo Mulligan, resoplando.

A Bert le atrajo la figura femenina tendida sobre la piedra en la soledad del desierto y le pidió a Mulligan:

—Anda, ve al coche, enseguida te alcan2o.

—No seas estúpido, Bert, déjala en paz.

—Él no te ha pedido que sea virgen, ¿no? Las otras tampoco lo eran. Es tan difícil encontrar a una chica virgen, tendría que ser una niña para complacerle si te lo pidiera.

—Has bebido demasiado. Ahora estamos haciendo un trabajo y cuando se hace un trabajo, los instintos personales se los mete uno en el bolsillo o el asunto termina mal.

—No me hacen falta tus lecciones, Mulligan, sé lo que me interesa y no eres tú precisamente el tipo que puede darme lecciones. Si te miras al espejo verás que sólo eres una mierda. Toda la vida siendo un hampón y ¿qué has conseguido? Un coche de segunda mano, dormir en moteles baratos y tomar whisky de garrafa.

—Eres un idiota. ¿Crees que me hace falta conchabarme contigo para ganarme esos quince mil dólares? Podía hacer el trabajo solo.

Bert se rió, peyorativo. Su carcajada se expandía en la soledad de un paisaje sin árboles, un paisaje con arbustos espinosos y cactáceos de agujas hostiles, un paisaje ahora bañado por la luz lunar.

—Sí, solo, solo.

—Vamos, si no fuera yo a tu lado, te mojarías los pantalones. La verdad es que no sirves para hampón, lo que tú llamas cautela y frialdad no es más que

miedo.

—¿Miedo? Te partiría la boca.

—Hazlo, vamos, hazlo, ¿por qué no te atreves? —Bert volvió a reírse de Mulligan, convencido de su superioridad y vigor físico.

—No merece la pena ensuciarme las manos contigo, Bert, claro que si te pones idiota cada vez que bebes, si no sabes aguantar el whisky, mejor me busco otro compañero.

—¿Y a ese otro le contarás historias de grandes atracos, de asuntos que dejan millones, le deslumbrarás con tus éxitos? —Insistió con sus hirientes risotadas—, ¿Qué ocurrirá cuando compruebe que sólo eres un hampón de tercera que hace los trabajos que otros no quieren?

—Secuestros perfectos a quince mil dólares víctima no es un trabajo desdeñable y nadie sospecha de nosotros.

—Lo bueno sería atrapar al fulano que paga y a ése sí le sacaríamos jugo. Creo que es hora ya de que vaya tomando yo el mando en los asuntos.

Mulligan puntualizó:

—El cerebro soy yo.

—¿El cerebro? Vamos, vamos, tu materia gris se está estropeando, te haces viejo. ¿Es que no te miras al espejo o pagas demasiado bien a las rameras para que te digan que estás hecho un potentísimo jovenzuelo?

—De acuerdo. Voy hacia el coche, pero como el fulano no pague por lo que puedas hacerle a la chica...

Dejó la amenaza en el aire. Bert se echó a reír de nuevo, dispuesto a quedarse junto a la muchacha desnuda y drogada, sin posibilidades de escapar en la soledad del páramo.

Mulligan le lanzó una mirada de odio pero se alejó. La luz lunar bastaba para caminar sin peligro de tropiezos.

—Ya te daré yo una lección —masculló para sí Mulligan.

Anduvo aprisa hacia el coche y se introdujo en él. Encendió el motor, hizo marcha atrás y dio media vuelta, alejándose.

—Veremos qué haces ahora, hijo de perra.

El Chrysler se marchó hacia la carretera. Mulligan no pensaba abandonar del todo a Bert en aquel desértico lugar, quizá temía su reacción posterior y también existía el peligro de que atraparan a Bert y si lo metían entre rejas, Mulligan no tenía ninguna seguridad de que cerrara la boca y no deseaba verse él también en prisión.

Un secuestro le acarrearía muchos y desagradables problemas, aunque su picapleitos alegara que lo único que había hecho él con la muchacha era trasladarla de lugar sin hacerle daño, dejándola libre y no pidiendo rescate por su persona.

Detuvo el coche sin entrar en el asfalto. Apagó las luces y se puso a fumar un cigarrillo.

Mientras aguardaba, vio pasar sólo a dos automóviles que rodaban muy rápidos y con las luces largos encendidas, casi con la seguridad de que nadie

les iba a venir de frente y por tanto no corrían el riesgo de cegarle.

Miró su reloj y dedujo que Bert ya estaría más que irritado al sentirse abandonado. Dio la vuelta al coche y regresó al pozo del agua; esperaba oírse unos cuantos insultos.

Cuando llegó de nuevo junto al tejadillo de ramas que protegía al pozo del sol abrasador que en aquel lugar caía en verano y a las horas del mediodía, no vio a Bert.

Aquello le hizo fruncir el ceño. Habían pasado casi dos horas desde que se alejara y de haber ido Bert caminando hacia la carretera, lo habría encontrado seguro. Incluso a Bert le habría sido más fácil hallarle a él debido al ruido del motor del coche y por encima de éste, la luz de los faros que en aquel lugar desértico tenían que verse a mucha distancia.

Se apeó del coche y tomó su pistola, comprobando que estaba lista para ser disparada.

Bert podía tratar ahora de devolverle la broma. Mulligan se estaba poniendo nervioso, tocó el claxon varias veces y esperó, pero Bert no apareció por parte alguna.

—Maldita sea, tendría que abandonarte aquí —gruñó, echando a caminar hacia la piedra del huevo como ellos la llamaban.

Mulligan, cada vez más molesto, aceleró el paso. De pronto, casi a punto de tropezar con él, descubrió un cuerpo tendido en el suelo.

—¡Bert!

Envió el haz de luz contra la cara de aquel hombre tendido en el suelo arenoso. Efectivamente, era Bert. Tenía el rostro desencajado y los ojos abiertos, vidriosos.

—Maldita sea, Bert... ¿Qué te ha pasado?

Escuchó un ruido no muy lejos de donde él estaba. Vio una sombra y disparó contra ella. Escuchó los quejidos de una bestia y luego, el profundo silencio.

Mulligan no comprendía lo que había sucedido, sólo sabía que Bert estaba muerto.

Efectuó un movimiento de retroceso pero luego corrió jadeante hasta poder ver a distancia la piedra en la que depositaran a la muchacha.

El haz de la linterna barrió la losa; la chica no estaba allí.

Mulligan, asustado, exhausto, costándole respirar, regresó al pozo donde se hallaba su coche, un graznido le perseguía.

Se volvió para buscar a la bestia que lanzaba aquellos graznidos pero no veía bien. Tuvo la impresión de que había un aleteo, unas alas batiendo el aire.

Disparó a ciegas hasta consumir el cargador de su pistola y corrió, corrió hasta meterse en el coche. Arrancó y dio la vuelta cuando unas alas golpearon contra su cristal parabrisas. Vio unos ojos oscuros.

Pisó a fondo el acelerador, estaba aterrorizado y no veía bien.

El coche dio varios tumbos y al fin se liberó de lo que le obstaculizaba. A

una velocidad suicida, recorrió el camino hacia la carretera asfaltada. Aquello era una auténtica huida y de pronto se percató de que le castañeteaban los dientes.

CAPÍTULO III

Habían llegado muy tarde al rancho O'Malley. Iris se movía en él con naturalidad, con toda la confianza que le permitía ser una amiga íntima de la esposa del propietario.

El rancho era muy amplio, de una sola planta, con tejados altos para escapar al calor con que el sol les obsequiaba.

Sarah resultó una mujer muy efusiva, algo más joven que Iris y tan bien conservada como ella. Eran mujeres-objeto que sabían bien lo que querían y cómo conseguirlo: Casarse y acostarse con un hombre que pudiera ofrecerles toda ciase de confort y nada de trabajo, ser mujeres apetecibles y codiciadas por los amigos de sus esposos, los cuales no se molestaban por ello si no que se sentían orgullosos, como si poseyeran un caballo de carreras que otros quisieran comprar y no estuviesen dispuestos a vender.

Sí, eran mujeres evidentemente dispuestas a sacar el máximo de jugo a su belleza y a su sexo.

—Queridas, queridas, este lugar es maravilloso, pero la soledad no me gusta nada. Ahora que vamos a reunir— nos varias amigas, lo pasaremos bomba.

A la joven June, Sarah le pareció una mujer intrascendente y ansiosa de encontrar emociones nuevas para matar su aburrimiento, porque era obvio que acostarse con su marido, para ella no era ninguna diversión.

—Tengo que ir esta mañana a la villa a recoger unos encargos que han tenido que traerme en la boutique, ya veréis, es el *dernier cri*.

—¿De San Francisco? —preguntó Iris, con un aparente interés.

—No, no, son dos modelos de Londres y uno de París... Los que vivimos en lugares apartados no estamos al margen de la moda, querida. Vamos, vamos ahora mismo. Ah, esta tarde vendrán Gwen y Laura, me lo prometieron Veréis como nos divertiremos mucho.

—Para eso hemos venido, para divertirnos —le dijo Iris.

June asentía sin apenas hablar. Sarah parecía reparar poco en ella; se daba cuenta de que tenía más concomitancias con Iris que había seguido la misma carrera en la vida que ella, la de casarse con un millonario para vivir sin problemas.

—¿Cuándo crees que tendrás arreglado mi coche? —preguntó Iris.

—No te preocupes, en la villa hay un buen mecánico, claro que siendo el tuyo un coche de importación, es posible que tarden un poco en traer los recambios. Menos mal que hay un aeródromo cerca, porque esos asuntos se arreglan por avión.

—Eso espero, no sé estar sin mi coche.

En un Cadillac descapotable, salieron del rancho ubicado en una especie de amplio oasis supermejorado por la mano y el poder del hombre que había instalado cuatro poderosas bombas.

El Cadillac era de color amarillo metalizado. Podía verse a mucha distancia y a Sarah le gustaba porque solía decir que parecía de oro y que algún día tendría un coche de oro.

June se situó en el asiento posterior. Iris prefirió ir junto a su amiga y ambas no cesaban de charlar. June comenzaba a preguntarse si había hecho bien dejándose arrastrar por su joven madrastra a aquella especie de pequeñas vacaciones en el alejado rancho O'Malley.

Se consoló pensando que había descubierto una espléndida biblioteca en el rancho. Supuso que debían haberla comprado completa a algún librero afamado o quizá había sido idea del propio O'Malley, al que aún no conocía por hallarse ausente y del que muy poco habían hablado Iris y la propia Sarah.

Gracias a las potentísimas bombas de extracción de agua que bajaban con sus caños a una profundidad de más de ciento cincuenta pies, el rancho daba vida a frutales e incluso a pastos donde se criaba el ganado.

Viviendo en el rancho O'Malley, parecía imposible pensar que a poca distancia, tan sólo a unas millas, Se hallaban sometidos a un cerco de tierra yerma.

—Eh, mirad, el helicóptero de la policía —dijo Iris, señalándolo.

—Sí, vigila todo el desierto —le respondió Sarah.

—¿Hay mucho peligro por estos lugares? —preguntó June, interesándose.

—Bueno, el desierto siempre es peligroso —admitió Sarah—. En ocasiones hay quien Se aventura a internarse por él en plan de explorador como si viviera en tiempos de la colonización buscando oro o quién sabe qué. Se les acaba el agua, no encuentran quién les ayude y mueren. Luego, las alimañas, que también las hay, devoran los cadáveres y los insectos terminan por mondar los esqueletos.

—Lo dices de una manera —comentó Iris, mitad en broma mitad en serio.

—Mira, ahí hay una ambulancia y un patrullero —indicó Sarah.

Maniobró con su coche para acercarse a los automóviles detenidos junto al asfalto, adentrándose unas yardas en el camino.

—Buenos días —saludó el oficial del patrullero, acercándoseles. Parecía conocer a la propietaria del rancho O'Malley.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Sarah.

—Se ha descubierto un cadáver.

—¿Alguien conocido?

—No, no es de por aquí. Es un sujeto joven, había bebido en exceso.

—¿Y de qué ha muerto?

—Le mordió una cascabel. Debió de pisarla mientras dormía y se llevó la mordida; no obstante, se le hará la autopsia para confirmar esta primera impresión.

—¿Puedo verle por si le conozco?

—No creo que le conozca, pero naturalmente que puede verle por si lo identifica; nos haría un favor.

—¿Acaso no está identificado?

—Sí, sí lo está, pero sería bueno que aclaráramos poiqué andaba por aquí.

—¿No han encontrado su coche? Llegar hasta aquí a pie es casi imposible.

—El helicóptero lo está buscando por si sufrió un accidente y el joven, antes de ser mordido por la cascabel, tuvo que abandonarlo.

—Bajemos y veremos la cara del muerto.

June pensó que aquello no era precisamente una diversión; no obstante, se apeó también del coche.

Abrieron la ambulancia y estiraron la camilla para sacarla. La mano del sanitario levantó la sábana que le cubría el rostro.

—Pobre chico —musitó Sarah.

—Ah, me pongo mala, tiene los ojos vidriosos... —exclamó Iris.

—¿Es que no habías visto ningún muerto antes? —se asombró Sarah.

—Siempre los había visto con los párpados cerrados.

—Sí, no es un espectáculo agradable —admitió el oficial de la policía.

—¿El juez ha dado ya orden de levantamiento del cadáver? —preguntó June al agente, el cual se la quedó mirando interrogante.

—Ah, sí, sí, claro.

—¡Eh, el sargento llama por la radio! —gritó el otro agente del patrullero.

El oficial se apartó de ellas.

—Una verdadera pena —comentó Sarah.

—Este desierto es muy traidor para andar tranquilamente por el —opinó Iris.

—Es verdad, hay serpientes de cascabel. Nosotros, alrededor del rancho, tenemos un cable eléctrico que está a una pulgada del suelo y que circunda todo el oasis; sirve para que las serpientes no pasen.

—Una buena idea —aceptó Iris.

El oficial gritó:

—¡Han encontrado otro cadáver! Por lo visto, el joven no iba solo.

El patrullero cerró las portezuelas y se puso en marcha hacia el interior del desierto.

—Vamos, subid, les seguiremos —dijo Sarah.

—¿Adónde? —inquirió Iris.

—No lo sé. Subid, vamos, hay que encontrar emociones.

June se atrevió a decir:

—Me parece una barbaridad.

Sarah no la oyó o no quiso oírla. Dio a la llave del contacto, quizá en exceso, y el lujoso Cadillac siguió la polvareda que levantaba el patrullero a través del desierto.

—Vas a romper el coche como yo ayer —advirtió Iris.

—Si lo rompo, ya lo compondrán. Si hay una emoción, no me la pierdo. La vida en el rancho es muy confortable pero algo aburrida; bueno, hay algo que ya os contaré.

—¿Qué es ese algo? —preguntó Iris.

—Ya os lo explicaré.

El helicóptero guiaba al patrullero y éste, a su vez, servía de guía a las mujeres que no querían perderse lo que podía haber descubierto.

Rodaron varias millas dando tumbos. Que el patrullero fuera en cabeza era una garantía en cierto modo, pues así Sarah sabía que su coche podía pasar por donde lo estaba conduciendo.

Al fin, el patrullero se detuvo y el helicóptero comenzó a descender, haciendo girar ruidosamente sus rotores.

Sarah detuvo también el Cadillac y los policías se apearon del helicóptero. El sargento Vic Lank, al ver a las mujeres, las saludó, reconociéndolas y sonriendo especialmente a Julie,

—No creo que éste sea el mejor lugar para ustedes.

—Hace calor pero lo soportaremos —dijo Sarah.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó el oficial del patrullero.

—Ahí, detrás de esas piedras, en un desnivel.

Todos se acercaron y el espectáculo que se ofreció a sus ojos fue horroroso.

—¡Dios mío! —exclamó Iris.

—¿Qué esperabais encontrar aquí? —preguntó June, haciendo gala de un fuerte aplomo.

—Pobre desgraciada...

El cadáver estaba casi encima de un hormiguero gigante. El cuerpo se hallaba ennegrecido y abierto, desde el esternón al pubis.

—Maldita sea... ¿Cómo quitaremos esas hormigas?

Rebasaron las piedras. El sargento Lank, exponiéndose a que las hormigas lo invadieran, pues rápidamente treparon por sus zapatos, consiguió agarrar a la víctima por los cabellos y arrastrarla fuera del hormiguero pese a que las hormigas, en gruesa columna, la seguían.

—Vamos, echen tierra encima, hay que sepultar a las hormigas.

June se inclinó y con sus manos recogió tierra, echándola sobre el ejército de hormigas que se negaban a abandonar lo que consideraban su botín.

Los policías lograron apartar el cuerpo de los repugnantes insectos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el oficial del patrullero al joven y atlético sargento que había llegado en el helicóptero.

—El extintor, el extintor servirá.

El sargento Lank tomó el extintor del helicóptero y roció el cadáver de la infortunada muchacha que se hallaba irreconocible.

—Eso sí es duro, ¿eh? —rezongó el oficial del patrullero.

—Sí y por su aspecto, yo diría que ha sido muerta con violencia y luego arrojada al hormiguero —gruñó el sargento. Mirando a las tres mujeres, añadió—; Les agradecería que no dejaran huellas en torno a este lugar, habrá que investigar. Tomen su coche y regresen a la carretera. Vayan con cuidado, ya han habido varios hallazgos macabros en los últimos tiempos por estos lugares.

Sin hacer ninguna objeción, se alejaron. Lo cierto es que ninguna de ellas

deseaba ver más tiempo aquellos despojos humanos que, sin duda alguna, pertenecían a una muchacha joven, unos despojos en los que bullían las hormigas, aturdidas por la espuma química del extintor que las cubría.

El Cadillac descapotable de color amarillo metalizado se puso de nuevo en marcha dando la vuelta.

—Tengo náuseas —dijo Sarah, deteniendo el auto con brusquedad.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció June.

—¿Tienes licencia?

—Sí.

—Pues, pues...

Sarah se apeó del coche, alejándose en medio de fuertes arcadas.

Iris también estaba muy pálida y June le dijo;

—Si queríais emociones, ya las habéis tenido.

—June, pareces de piedra. ¿Es que no te ha afectado lo que has visto?

—Claro que me ha afectado, pero yo no me lo he lomado como un juego o una diversión para matar el tedio.

Sarah regresó al coche y se sentó en la parte posterior, bufando.

—¿Vamos a la villa?

—No, no, al rancho —dijo Sarah que se había desmejorado notablemente. La visión del joven muerto no la había afectado, pero el macabro hallazgo de la joven en el hormiguero sí había conseguido descomponerla.

June, con un aplomo que ya no parecían tener Iris ni Sarah, las dos con más años de vida que ella, condujo el automóvil. Llegó junto a la ambulancia, se detuvo y le dijo al sanitario:

—Han encontrado el cadáver de una chica, está muy mal. No sé si se lo podrán llevar.

Reanudó la marcha, de regreso al rancho, mientras Sarah comentaba:

—El será el asesino y la chica, la víctima, y cuando pretendía escapar, una cascabel ha hecho justicia.

—Sí, eso está muy bien, pero...

—¿Pero qué?

—Siempre hay un pero —objetó June, sin mirarla.

—Veamos, ¿cuál es la opinión de la doctora en leyes?

—Que no está el coche que debió traerlos a este lugar, eso quiere decir que puede haber un tercer o un cuarto personaje.

CAPÍTULO IV

Gwen y Laura se presentaron en el rancho de los O'Malley tras haberse puesto en contacto con Sarah. Esta misma les pidió que recogieran sus encargos de la boutique porque no tenía deseos de llegar hasta Stonies Village.

Nada más ver a las recién llegadas, June se dio cuenta de que ambas pertenecían muy bien al grupo de las confortables casadas, aunque no tardó en enterarse de que Gwen ya era divorciada pero vivía espléndidamente.

Las dos eran joviales y siempre dispuestas a divertirse, fuese donde fuere y como fuera. No les importaba recorrer millas y millas en sus automóviles, fumando y escuchando cassettes musicales, para llegar hasta el lugar que habían escogido como objetivo de diversión. Ellas no tenían que preocuparse de ir a ganar los dólares precisos para costear la espléndida vida que llevaban.

—No sé por qué te pones así, querida —le dijo Gwen, una pelirroja muy inquieta y que reía con una facilidad asombrosa. A June le pareció que era una risa provocada por un continuo estado de nervios, quizá por tomar excesivos medicamentos cargados de anfetaminas—. Encontrar restos humanos en el desierto es muy normal. A veces, esos huesos han pasado en el desierto años enteros sin ser descubiertos. Hay aventureros que recorren el desierto en todas direcciones buscando el rastro de antiguos gambusinos que quisieron cruzar estas tierras con oro en sus bolsas. Laura, que lucía una esponjadísima cabellera de color platino que a June le pareció peluca en su completo, lo que le producía desasosiego a causa del calor que hacía, dijo:

—Vamos a coger el coche y haremos un viajecito. Veréis qué sitio, es de lo más divertido. Hay peregrinaciones y se va a poner de moda pese a que está lejos.

—¿Qué es? —quiso saber Sarah.

—Ya lo verás —le dijo Laura, muy misteriosa.

Gwen añadió:

—En realidad no está muy lejos, lo que sucede es que hay que dar un gran rodeo para llegar. Con un helicóptero o una avioneta llegaríamos enseguida, pero con el coche tardaremos unas tres horas en ir y otras tantas en volver.

—¿Vale la pena ir tan lejos? —preguntó ahora Iris.

—No importa lo lejos que esté la meta si al llegar nos divertimos —dijo Gwen.

No discutieron más. Nadie parecía contar con la opinión de June que, resignada, se hundió en el asiento del Cadillac amarillo a cuyo volante se puso Iris, pues Sarah no tenía deseos de conducir.

Gwen y Laura viajaban en un costosísimo Porsche de color verde, un color que destacaba en aquel paisaje.

Se detuvieron en el Monstruo de Gila Motel en el que había restaurante y surtidor de gasolina.

Allí estiraron las piernas, se alimentaron, contaron sus chismes de todo el condado, llenaron los depósitos de combustible y prosiguieron la marcha dando, como ya advirtieron, un gran rodeo.

Al fin, el Porsche se salió de la carretera asfaltada para introducirse en un camino particular de tierra pero que se hallaba en buen estado.

Gwen detuvo el coche y dejó que el Cadillac se le acercara, poniéndose a su altura.

—Estamos como a veinte millas de Stonies Village.

—¿Tan cerca? —exclamó Sarah, sorprendida.

—Sí, pero es que desde la villa hasta aquí, por el camino corto, hay que venir en jeep y dando muchos tumbos. En coches como los que llevamos es imprescindible dar el rodeo o los romperíamos.

—¿Y a partir de ahora el camino es bueno? —inquirió Iris.

—Sí, bastante bueno, así me lo han dicho —respondió la pelirroja.

—¿Es que no has venido antes por aquí? —preguntó Sarah, perpleja.

—No, es la primera vez que vengo, como Laura y vosotras.

—Diablos. ¿Y si el lugar no es tan bueno? —insistió Sarah, recelosa.

—Pues, nos habremos dado una vuelta. Ah, y pese a que está a veinte millas, nadie se atreve a hacerlas a pie hasta la villa de Stonies. Es un camino infernal, con tarántulas, serpientes, monstruos de Gila, hormigas, cactos, jabalíes, chacales... Hay de todo lo que no nos gusta para compañía.

Se rió y volvió a arrancar con su deportivo que tenía un reprise más fuerte y veloz que el pesado y lujosísimo Cadillac de la propietaria del rancho O'Malley.

Cuando apenas habían recorrido dos millas por aquel camino, se encontraron con una simbólica entrada consistente en dos gruesas columnas marmóreas con un dintel que iba de una a otra. Luego, ni a derecha ni izquierda había nada, ni un simple alambre que marcase una delimitación. Sin embargo, cualquiera podía percatarse de que aquello era una propiedad privada.

Las columnas rectangulares estaban grabadas en bajorrelieve con epígrafes realzados al estar pintados los interiores de las letras en negro, destacando poderosamente con el blanco del mármol.

> «Los que aquí yacen, sólo duermen. La muerte no cruza jamás por esta entrada, yo la conjuro y la rechazo con los poderes que me han sido conferidos. Quienes crean en mis palabras alcanzarán la inmortalidad.
>
> »Aristeo.»

June leyó la inscripción en voz alta. Iris, a su lado, señaló la otra columna y preguntó:

—¿Y en aquella qué dice?

—No lo sé, es una lengua extraña, una grafía antigua y desconocida por

mí. Supongo que dirá lo mismo que he leído que puede ser una traducción a nuestra lengua de ese mensaje para nosotras indescifrable.

—¡Seguimos! —gritó Gwen.

Recorrieron otras dos millas. Allí, el terreno no era tan árido aunque sí seco, pero ya podían verse árboles achaparrados, arbustos verdosos aquí y allá.

El camino se hizo empinado y mientras subían hacia la colina pudieron divisar una construcción.

—Qué extraña casa —comentó Iris.

—No parece hecha por gente de aquí —opinó Sarah.

—Podría decirse que es una construcción de la Grecia antigua, aunque es posible que no sea estilo griego sino simplemente parecido.

—¿Entiendes de arquitectura clásica? —le preguntó Sarah a June.

—No, pero he tenido que estudiar algo de historia del arte y he visitado algunos museos arqueológicos.

Los dos automóviles llegaron al fin ante aquella construcción que tenía todas las características de un templo.

No era el Partenón ni se le parecía, pero cualquiera habría opinado que aquel templo de elevadas columnas de mármol era griego o cretense, o quizá una mezcla con algunas construcciones de Estambul.

No había allí ningún otro automóvil que los dos que acababan de arribar. El cielo era de un azul nítido y la construcción destacaba con la blancura de su mármol, lo que significaba que debía haber costado muchos dólares levantarla en aquel paraje donde el mármol no existía.

Todas las mujeres se apearon de los coches para mirar de frente el extraño templo.

En el gran frontón triangular que ocupaba todo el gran atrio sostenido por cuatro imponentes columnas, pudieron ver el rostro de un hombre, y sobre la cúspide del triángulo, por encima de aquel rostro cincelado en sobrerrelieve, había un cuervo de tamaño natural también de mármol blanco.

—¿Qué es esto en realidad? —preguntó Iris, impresionada.

Laura, centrándose, haciendo que el sol se reverberara en su abundantísimo cabello platino, opinó:

—Esto es un templo para los que quieran alcanzar la inmortalidad.

—¿Una nueva secta?

Gwen se encogió de hombros y June, con sonrisa irónica, casi sarcástica, dijo:

—Mientras no se parezca a la del Templo del Pueblo.

—No, no, aquí no hay nadie —dijo Gwen—. Y la puerta, por lo que sé, siempre está abierta.

—Pero, ¿de quién es esto? —preguntó Sarah.

Gwen respondió:

—De un tipo que se hace llamar Aristeo.

—¿Aristeo, el que ha firmado lo que está grabado en las columnas de

mármol de la entrada? —inquirió Iris.

—Sí, eso parece. Dicen que es un tipo con mucho magnetismo. La verdad es que aquí no vienen pelagatos sino tipos adinerados —explicó Gwen—. Vamos, vamos adentro.

Subieron los siete larguísimos peldaños que conducían al atrio y luego se enfrentaron con la amplísima puerta abierta que daba acceso al interior del singular templo que tenía que ver mucho con la historia, aunque hubiera sido levantado hacía poco y no tuviera nada que ver con las construcciones modernas.

Allí no existía la electricidad ni nada que pudiera pertenecer a la civilización tecnológica; era como un reencuentro con el pasado.

El interior del templo era amplio y el techo, además de por las paredes, se hallaba sostenido por algo más de dos docenas de columnas, situadas de tal forma que casi parecían troncos de árboles en el interior de un bosque, ya que no permitían ver bien hacia el frente. Las paredes, con ventanas pequeñas y muy altas, por encima de los dieciocho pies, estaban grabadas con sentencias que las recién llegadas no entendieron.

El suelo de mármol, lo mismo que columnas, paredes y techos, estaba limpio y no había banco alguno donde sentarse, ni para descansar ni para meditar.

—Estas columnas parecen colocadas ex profeso para jugar —se rió Gwen.

Y comenzó a correr entre ellas, dando vueltas a algunas. El interior del templo casi parecía un laberinto.

La risa de Gwen se contagió a las demás y las cinco, como si fueran niñas, echaron a correr y a reír. Incluso June participó en el juego; se daba cuenta de que su seriedad y posición crítica comenzaba a molestar a las demás que se percataban de su postura,

Las cinco rieron y gritando, buscaron eco para sus voces, voces que se entremezclaron. Era casi como una orgía de jóvenes y bellas sacerdotisas que hubieran regresado del pasado, de lo más profundo de la historia para ocupar aquel templo.

Jadeantes, excitadas, mareadas por las vueltas que habían dado a las columnas, arribaron frente a unas escalinatas que conducían a un púlpito, centrado como si él mismo constituyera un altar. Alguien debía de subir allá de vez en cuando para predicar, para lanzar mensajes u órdenes.

Era evidente que en aquel templo no se practicaba la meditación, sino la oratoria, pero no había nadie y Laura, juguetona, corrió hacia el púlpito sostenido por una columna que en sí misma era un cuervo, como si se tratara de una cariátide. Lo que ocurría es que el cuervo no estaba esculpido con perfección sino de una forma estilizada, constituyendo la columna que sostenía el púlpito también de mármol en el que ahora se hallaba Laura que comenzó a gritar, jadeante:

—¡Hermanas, si abjuramos de nuestras creencias, si creemos en Aristeo, seremos inmortales! ¡Yo quiero la inmortalidad, quiero conservar mi hermoso

cuerpo eternamente y disfrutar de él para que los hombres gocen en mí lo mismo que yo gozaré de ellos!

—¡Basta, basta! —le gritó Gwen entre risas.

—¡No seas hereje! —pidió Iris.

—¿Hereje? —Se rió y levantando su dedo hacia lo alto, volvió a gritar. Su voz se esparció por el interior del extraño templo en el que sólo parecían estar ellas—. ¡Seré inmortal! Amo mi cuerpo y no quiero que muera, tampoco que envejezca.

—Anda, baja de ahí y no hagas más tonterías, puede oírte alguien —le recomendó Sarah.

Riéndose, Laura descendió del púlpito y preguntó:

—¿Es que no puede una divertirse un poco?

—Hay que respetar todos los templos, por extraños que nos parezcan, porque son la expresión de las creencias de otras personas —dijo June sin vacilaciones.

—Uyuyuy, ya habló la doctora en leyes... Iris, deberás tener paciencia con esta niña; cada vez que vayas a decir algo tendrás que consultarle si eh legal o ilegal.

Gwen se echó a reír y anduvo hacia una puerta que había descubierto por detrás del púlpito y que conducía al exterior por la fachada posterior del enigmático templo.

De pronto, unos golpes monótonos les llamaron la atención.

Por el suelo habla esparcidos muchos bloques de mármol, sin orden ni concierto. Eran grandes piedras blancas que aguardaban a que el cincel comenzara a darles forma.

—Cuánta piedra —comentó Sarah, despectiva.

—Es mármol y valioso por lo que parece —dijo June.

No tardaron en encontrar al hombre que daba los golpes y que casi se confundía con las piedras por su cabello blanco, por su manto blanco, por su piel blanca.

De súbito, ante las mujeres aparecieron dos mastines negros de aspecto feroz y ojos enrojecidos que gruñeron mostrando sus destructoras mandíbulas.

Las cinco mujeres debieron de pensar que semejantes bestias eran una reencarnación del mismísimo diablo, aunque un experto en perros de raza hubiera dicho que eran mastines napolitanos.

—¡Cuidado, nos van a morder! —exclamó Laura, retrocediendo asustada.

El escultor que cincelaba una de las piedras, sin mirarlas siquiera, dejó de golpear con la maza sobre el cincel que arrancaba lascas de mármol y dijo:

—Acercaos, ellos no os harán nada. Sólo desean protegerme, son muy leales a mí.

Los mastines se quedaron quietos y June se adelantó pasando entre ambos. Se acercó al hombre que semejaba sacado de una estampa clásica de la cultura del Mediterráneo oriental. Iris, Sarah, Gwen y Laura la siguieron.

—Parece un cuervo lo que está cincelando —comentó.

—No sólo lo parece, sino que lo es, mi encantadora y bella joven.

—¿Quién es usted? —preguntó directamente Sarah, sin ambages.

—¿Yo? —repitió aquel hombre magro, enteco, que continuaba sentado frente a la obra que estaba realizando—. Soy Aristeo.

—¿Usted es el propietario de todo esto? —preguntó Gwen.

—Sí, yo soy el dueño de cuanto alcanza la vista, pero cualquiera puede venir aquí que yo no he de expulsarle porque el cielo, la tierra, el aire y el agua es de todos.

—Bonitas palabras —opinó June. Volviendo su mirada hacia el templo, inquirió—: ¿Qué arquitecto lo ha levantado?

—¿Arquitecto?

—Sí, arquitecto —insistió ahora Iris.

—Ah, se pierde en el tiempo. Ya existía quinientos años antes de nacer yo y de eso hace ya veinticinco siglos, claro que algunas cosas son nuevas. Quien lo levantó sabía que yo tenía que llegar algún día y conocía mi rostro.

—No diga tonterías —reprochó Sarah—. ¿Cómo va a tener usted dos mil quinientos años?

—Porque soy inmortal.

Como dando por sentado que nadie iba a contradecirle, prosiguió su labor mientras las mujeres intercambiaban entre sí algunas miradas como diciéndose que debía de estar loco.

—El templo es de la isla de Proconesos, ahora la llaman de Mármara. Está en el mar de Mármara y de aquel lugar son los mejores mármoles de la Tierra aunque los de Carrara opinen lo contrario. Así se escribe la historia, todos dicen que son los mejores.

—Entonces, ¿este templo es auténtico? —preguntó Iris, sorprendida.

—Así es, auténtico. Fue desmontado piedra a piedra hace muchísimo tiempo y levantado en otros lugares de la Tierra. Ha estado en el Líbano, en Yugoslavia y en un sinfín de lugares de donde ha sido desmontado de nuevo, piedra a piedra y cambiado de lugar. Cuando fue mentado aquí, los obreros limpiaron el mármol y por ello tiene aspecto de nuevo, pero insisto en que tiene casi tres milenios de antigüedad.

Como dispuesta a seguirle la corriente, Gwen preguntó:

—¿Y por qué está esculpiendo un cuervo?

—Porque la inmortalidad lo requiere, bella pelirroja.

Se puso en pie y comenzó a caminar. No lo hacía pesadamente y avanzaba seguro de que era seguido por aquellas mujeres que se percataron de la elevada estatura de aquel hombre seco de carnes. Los huesos casi se le marcaban en la larga túnica que vestía.

—Sé cuánto sorprende a los mortales sin más futuro que el de un hipotético paraíso el que se les hable de la inmortalidad. No es fácil conseguirla, pero a mí me han sido concedidos esos poderes y puedo también transmitirlos a quienes saben escuchar mis palabras y obedecer mis órdenes. Mirad, mirad.

—¿Son tumbas? —preguntó Iris al ver unos sarcófagos de mármol depositados sobre la tierra, sin guardar ningún orden.

Se hallaban desperdigados por la gran explanada que se extendía sobre la colina tras el templo de Aristeo.

—No son tumbas; son lechos donde yacen y duermen quienes esperan seguir vivos un año tras otro, un lustro tras otro, un siglo tras otro... No todos lo consiguen, insisto en ello, hay que venir aquí muchas veces y escuchar mis palabras, hay que estar convencido. Sé que suenan extrañas a quienes, como vosotras, estáis enraizadas en religiones rabínicas y griegas, pero mi pueblo, mis poderes, son mucho más antiguos.

—¿Más que Adán y Eva? —preguntó Gwen, divertida.

—Eh, mirad —dijo Sarah, señalando una estatuilla que también era un cuervo y colocada al pie de uno de los sarcófagos.

—Sí, cada lecho debe tener un cuervo —dijo el anciano, deteniéndose como si quisiera abarcar con su mirada de ojos claros todos aquellos sarcófagos que se expandían por la planicie.

—¿Y si no tiene el cuervo? —preguntó Iris.

—Es mi deber proporcionárselo a quien ha creído en mí.

—Pero ¿cuál es su digamos doctrina? —preguntó June.

—No se puede explicar en tan sólo unas palabras y menos a unos oídos escépticos como los tuyos, joven y bella mujer.

—No estoy escéptico sino interesada —le corrigió ella.

—Las mujeres poseéis una lengua acariciadora que suele envenenar los cerebros de los nombres que se adormecen y que quedan a merced de un interés oculto bajo la miel.

—¿De veras hay gente dentro de esas tumbas? —inquirió Sarah, recelosa.

—No son tumbas —corrigió de nuevo—. En el templo de Aristeo no puede haber tumbas porque no existe la muerte. Esto no es un cementerio, es un lugar de vida y de reposo.

Mientras hablaban, el sol iba cayendo como una bola de fuego por las colinas áridas del oeste. El rostro de aquel hombre que a sí mismo se llamaba Aristeo se iba como iluminando. No cabía duda de que poseía el don de la sugestión.

Su actitud era mesiánica, sus palabras pausadas y profundas. Era un hombre que, pese a la soledad en que parecía vivir, tenía el don de la palabra, pero a June se le antojó que tenía algo de siniestro.

—Vámonos, es tarde —dijo June de pronto, como si intuyera un peligro, algo que era intangible pero que aleteaba en torno de ellas. Lo que le había parecido paz, incluso belleza, se tomaba siniestro.

—Y la gente que viene por aquí, ¿cuándo lo hace? —preguntó Gwen.

—No hay tiempo prefijado. Yo estoy siempre aquí para el que quiera venir a escucharme.

—Bueno, nos vamos —insistió June echando a andar.

Los dos mastines se habían sentado sobre sus patas traseras y parecían

estatuas también pero de mármol negro.

June escuchó cómo se despedían del hombre que decía haber alcanzado la inmortalidad y al que todos habían tomado por un perturbado, ya que no parecía un charlatán.

Casi por inercia, entraron de nuevo en el templo para volver a salir por su fachada principal en vez de rodearlo. Se había hecho un profundo silencio entre ellas.

El interior del templo había perdido luz con gran rapidez. Avanzaron entre las columnas, sorteándolas, pues su colocación les impedía escoger la línea recta hasta la puerta de salida que continuaba abierta.

Salieron al exterior y, sin decirlo, suspiraron de alivio. Bajaron las escaleras y se dirigieron a los respectivos coches.

—¡Laura, Laura! —llamó Gwen.

June e Iris habían entrado ya en el Cadillac de Sarah mientras ésta se colocaba al volante dando un giro a la llave del contacto.

—¡Laura, Laura! —insistió Gwen.

—¿Dónde está Laura? —preguntó Iris. —No lo sé, no ha salido con nosotras —observó Gwen, mirando alternativamente al templo y a sus amigas.

—Ahora saldrá —dijo Sarah, que consideraba a Laura un poco alocada.

—Poneos en marcha y ya os daremos alcance —dijo Gwen—. Mi coche es más rápido.

Sarah no se lo pensó dos veces y el Cadillac inició la marcha, alejándose. June miraba hacia la puerta del templo y observó:

—No sale.

—Ya saldrá, nos estará gastando una broma —dijo Sarah acelerando, dejando tras de sí una polvareda que hacía difícil la visión.

Gwen miró al coche que ya se alejaba y se volvió de nuevo hacia el templo. Puso sus manos en torno a su boca a modo de bocina y llamó a gritos:

—¡Laura, Lauraaa!

Laura seguía sin responder. Owen, nerviosa, introdujo la mano en el coche y tocó el claxon con insistencia; sin embargo, su amiga rio aparecía.

—Serás estúpida... —mascculló para sí.

Subió de nuevo los amplios peldaños para entrar en el atrio, pero entonces, la gran puerta de bronce comenzó a cerrarse delante de ella sin que llegara a ver a nadie más.

Lo que sí vio fue la peluca de abundantísimo cabello platinado en el suelo, empujada por la propia puerta que la barría hacia el exterior.

—¡Laura, Laura! —gritó corriendo hacia la puerta de bronce que se cerró con un estruendo.

Gwen la golpeó con sus puños. De pronto, escuchó unos gruñidos que identificó de inmediato. Eran los mastines que habían asomado sus siniestras figuras por el atrio, a su derecha e izquierda. Los ojos enrojecidos, la lengua un poco salida, los colmillos dispuestos.

—¡Laura! —gritó, y echó a correr mientras los perros de gran tamaño y

feroz aspecto corrían tras ella.

Por suerte para Gwen, la puerta del Porsche estaba abierta y pudo introducirse en el automóvil. Apenas cerraba de un portazo cuando los perros saltaron sobre el coche, golpeándolo, gruñendo tras los cristales.

Gwen, aterrada, puso en marcha el motor y arrancó con fuera, dejando atrás a aquellas bestias que sin duda alguna contradecían la aparente paz que quería transmitir el extraño ser que decía llamarse Aristeo.

Con ladridos broncos, los mastines corrieron tras el automóvil, pero éste se alejó de ellos con gran rapidez.

Gwen, asustada, casi no podía pensar en la desaparecida Laura porque tenía que controlar el volante para rio salirse del camino. Tuvo la impresión de que la seguían.

La polvareda que levantaba su propio coche le impedía ver hacia atrás, el espejo retrovisor le servía de poco mientras la noche se engullía al día con una facilidad que asustaba.

Encendió los faros. Veía claramente el Cadillac delante de ella y pisó con más fuerza el acelerador para darle alcance.

Pasó por entre las columnas y bajo el dintel que, simbólicamente, daba acceso a la extensa propiedad en que se levantaba el extraño templo de mármol.

Cuando logró alcanzarle, tocó el claxon con insistencia. Al fin Sarah detuvo el Cadillac y Gwen lo hizo a su lado.

—Eh, eh, Laura ha desaparecido.

—Pero ¿no te has quedado a esperarla? —se asombró Iris.

—Se ha cerrado la puerta de ese maldito templo y he visto en el suelo la peluca de Laura. Luego, los perros se me han echado encima y por poco me alcanzan. He conseguido meterme en el coche y salir zumbando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sarah.

Todas miraron hacia atrás, más el templo no quedaba al alcance de su mirada.

De improviso, se escucharon graznidos, unos graznidos que se acercaban, al tiempo que un fuerte y múltiple aleteo.

—¡Serán cuervos! —gritó Iris.

Sarah puso la capota del Cadillac mientras Gwen arrancaba de nuevo, despavorida. Sarah la siguió.

Los cuervos estaban sobre ellas, de tal forma que sus alas golpeaban sobre el techo de superlona del Cadillac que había cerrado sus cristales.

El terror hizo que las mujeres condujeran suicidamente y así lo hicieron a gran velocidad por la solitaria carretera hasta llegar más tarde al Monstruo de Gila Motel.

CAPÍTULO V

Mulligan apenas había cenado un plato combinado. Tenía el estómago apretado y cargado de ácidos. Le dolía el abdomen y la espalda.

Le daba la impresión de que sus pies no cabían dentro de los zapatos y sudaba copiosamente mientras tomaba su cuarto whisky doble.

No solía beber, pero la muerte de Bert le había provocado más problemas de los deseables.

Mulligan tenía pánico a la cárcel y también a ingresar en las filas de las organizaciones del crimen donde habría sido un peón más, un peón que cuando se convertía en molesto era eliminado.

Como le echara en cara el propio Bert, era un hampón de tercera fila o quizá menos.

Pagó y salió del snack buscando las sombras de la noche. La población no era muy grande pero parecía movida. Obreros del campo, ganaderos y también empleados de unas pocas industrias dispersas por la zona bajaban a pasarlo bien a la población que los viernes por la noche, sábados y domingos, aparecía repleta de automóviles, la mayoría de ellos recubiertos de polvo.

Si había coches limpios, podía decirse que pertenecían a los moradores del poblado; era como si de esta forma se marcara una diferencia.

Mulligan hubiera montado en su viejo Chrysler, alejándose de allí, de no desear cobrar el trabajo.

No tenía mucho dinero: uno de sus defectos era el juego y cuando algo le salía bien no tardaba en sumergirse en el vicio de los naipes donde perdía más que ganaba, lo que no le quitaba los deseos de volver a jugar sus dólares.

Se dirigió al hotel. No era grande, sólo tres plantas de altura. Se acercó a conserjería y pidió su llave.

—¿Me ha llamado alguien?

—No —le respondió la mujer, con más anchura de hombros que un boxeador de setenta Kilos de peso.

—Si me llaman, pase la comunicación a la habitación.

—Sí, claro. ¿Una chica?

Mulligan le lanzó una mirada que enfrió la sonrisa de picardía de la mujer de la conserjería, posiblemente la esposa del propietario. Ninguno de los dos dijo nada.

Mulligan subió pesadamente las escaleras hasta el piso superior. Abrió la puerta y encendió la luz.

Se dejó caer en la cama. El sudor le irritaba aún más, pero no tenía ni ganas de meterse en la ducha, aunque hubiera sido lo mejor para él.

Apenas acababa de tumbarse cuando sonó el teléfono. Estiró el brazo y lo descolgó.

—¿Diga?

Le habló la voz grave y pausada, alargando las palabras. No había ningún


tipo de nerviosismo en el ser que le llamaba a través del hilo telefónico.

—¿Mulligan?

—Sí. ¿Usted es...?

—Soy el que piensas —respondió, sin darle oportunidad de decir ningún nombre,

—¿Cuándo cobraré?

—Voy a pasear, hace una noche excelente.

—¿Estará usted en la calle?

—Naturalmente. —Y colgó.

Mulligan miró el teléfono, molesto, y colgó dando un golpe. Hubiera querido hacer más preguntas pero no había forma.

No se lo había contado a Bert, pero su gran negocio en perspectiva era precisamente extorsionar al tipo que le encargaba aquellos trabajos sucios; mas, no iba a ser fácil tenderle una celada.

Si consiguiera extorsionarle, habría podido retirarse y dejar de correr el riesgo de que la policía le pusiera la mano encima.

Volvió a salir de la habitación. En conserjería, la mujer le sonrió. Mulligan, deseando que aquella mujer no le ocasionara problemas, dejó dos dólares sobre el mostrador.

—Gracias por pasarme la llamada enseguida.

—No hay de qué —replicó ella, tomando rápidamente el dinero y haciéndolo desaparecer dentro de un bolsillo.

Cuando Mulligan salió a la calle, miró a derecha e izquierda. No sabía en realidad qué dirección tomar. Tenía que salir a pasear, pero quien acababa de llamarle no había concretado lugar alguno.

Al fin, torció hacia su izquierda y avanzó junto a la larguísima hilera de automóviles aparcados. Uno de aquellos coches era el suyo y pasó junto a él para ver si había algo anormal en su interior, pues en una ocasión, los quince mil dólares los había encontrado en su guantera.

El individuo que le pagaba jamás utilizaba la misma forma de encuentro, lo que dificultaba el poder tenderle una trampa.

Anduvo a lo largo de toda la calle principal, y tuvo la impresión de que era vigilado a distancia.

Una mujer que salía de un bar se le acercó, provocativa. Seguramente no era de la localidad. Mulligan, que había pasado toda su vida inmerso en el mundo del hampa, conocía a la clase de chicas que acudían a las poblaciones apartadas en los week-end.

Se ganaban unos dólares extras y todo les iba mejor si estaban en combinación con los propietarios de los bares. Un día desaparecían y no se volvía a saber de ellas o reaparecían en otro estado de la Unión quizá como dependientas en alguna boutique y pretendiendo cazar a algún solterón tímido o a algún viudo desconsolado haciéndose las virtuosas, explicando, eso sí, que habían te— nido un novio que las engañó y que después de eso, ya no creían en los hombres. Bastaba con acudir a una ginecóloga y el exceso de trabajo de

su sexo apenas se notaba.

Mulligan apartó a aquella mujer sin contemplaciones y ella pasó de la sonrisa a un insulto de lo más grosero que no afectó lo más mínimo la dignidad de Mulligan que siguió caminando hacia el final de la calle, lo que equivalía a decir hacia los límites de la población.

A Mulligan, que era un zorro solitario con más sueños que pretensiones reales, le había sido bastante fácil secuestrar a muchachas solitarias que desaparecían de algún lugar, muy lejos de allí. Podía ser en Los Angeles, San Diego, San Francisco, y dentro del maletero, la chica se disolvía en la riada de automóviles.

Para Mulligan, aquéllos habían sido trabajos arriesgados pero sencillos. Bert lo había estropeado todo, se repetía innumerables veces.

El periódico dio la noticia del hallazgo de Bert calificándolo como delincuente habitual que había sido procesado tres veces. Una había quedado exonerado; otra, en libertad bajo vigilancia y la tercera, había pasado por la penitenciaria del estado de California.

La confirmación de su identidad había sido fácil para la policía puesto que tenían sus huellas digitales.

Otra cosa había sido la muchacha hallada en el hormiguero, destrozada y sin hígado. Sus restantes vísceras abdominales habían sido destrozadas como a picotazos, se suponía que atacada en un principio por los buitres.

Mulligan había devorado toda la crónica del suceso. Según el periodista, la policía iba tras un tercer o cuarto personaje, ya que de otra forma no se explicaba cómo la pareja hallada muerta había llegado hasta aquel lugar tan solitario, como tampoco se explicaba la ausencia total de ropas en el cuerpo de la muchacha, ya que se había rastreado la zona sin hallarlas.

Un tribunal tenía que dictaminar, pero se suponía que la chica había sido asesinada y el joven delincuente había muerto en la huida, mordido por un crótalo pisado inopinadamente.

Faltaba hallar a un posible testigo que se suponía había marchado en el mismo automóvil que les había llevado hasta aquel lugar. A través de ese personaje incógnita, se buscaba identificar a la muchacha.

Consciente de que era buscado, el miedo de Mulligan aumentaba. No le gustaba tener que pasear por la calle de aquella forma haciéndose ver, la policía podía identificar el automóvil por las rodadas dejadas en la tierra.

Cuando cobrara, se largaría, lo tenía decidido. El tipo que le encargaba y pagaba aquellos secuestros era demasiado listo para él.

Llegó adonde la iluminación de las farolas terminaba y la carretera continuaba. Miró a un lado y a otro. Nada. Seguía sin ver a nadie que le siguiera.

Supuso que el tipo que tenía que pagarle no se dejaría ver a la luz de la farola y optó por salirse de la calle principal metiéndose por un callejón lateral que le condujo por detrás de unas casas a un parque infantil con árboles frondosos que apenas dejaban pasar la luz lunar. El parque estaba

prácticamente en tinieblas, lo que resultaba un tanto raro.

De pronto, como surgidos de las sombras, aparecieron ante él dos pares de ojos sanguinolentos y unos colmillos amarillos blancuzcos muy amenazadores.

Eran dos grandes y terribles mastines que le gruñeron encarados con él y a tan poca distancia que recibió un susto. Retrocedió y su espalda dio contra un tronco de árbol.

—Quieto, Mulligan.

El hampón, vigilado por los dos perros que seguían gruñéndole amenazadores, movió la cabeza a un lado y a otro. Luego, acercó su mano a la chaqueta.

Tenía miedo. El sudor le bajaba por la espalda, le mojaba el slip y luego descendía por las perneras. No sabía si es que la noche era bochornosa o era su propio miedo el que provocaba aquel exceso de sudoración.

—No empuñes tu pistola, Mulligan, o los mastines te arrancarán la mano de una dentellada. Están esperando que lo hagas, son bestias feroces y sanguinarias.

Mulligan pensó que podían ser aquellos dos mastines los que mataban a las chicas.

—¿Dónde está usted?

—¿Qué importa eso? —le respondió la voz.

Mulligan no veía más que a los perros. Ansiaba escapar, pero si lo hacía, aquellos mastines de actitud feroz lo destrozarían en pocos momentos.

Nunca le habían caído bien los perros y menos los de presa. Había comenzado su adolescencia con pequeñas raterías y se había tenido que enfrentar con más de un perro.

—Déme el dinero, quiero marcharme.

—Ahora Tendrás tu dinero. Mulligan, pero tengo que encargarte otro trabajo.

—No quiero hacer ningún otro trabajo por ahora, la policía...

—La policía no sabe nada. Tu compinche fue un estúpido, pero ya ha muerto y no hablará.

—No quiero quedarme por aquí.

—Sudas demasiado, Mulligan.

Se rió lenta, muy lentamente, y la risa semejó venir de un lugar lejano, aunque Mulligan terminó por mirar hacia la copa del frondoso árbol que tenía encima, como intuyendo que quien le hablaba estaba sobre él.

—No quiero que me encierren. Yo no le hice nada a la chica, no le hice nada.

—Ni te pido que les hagas nada a las otras.

—¿Qué otras?

—Tengo unos proyectos especiales, algo grande para esta ocasión y tú vas a colaborar.

—No.

—De acuerdo. Si no deseas hacerlo, no lo hagas, pero ¿llegarás muy lejos con los mastines tras de ti?

Mulligan tragó saliva con dificultad: tenía mucho miedo.

—Si me matan, si me matan, la policía... —Vamos, Mulligan, tú no eres de los que van a la policía y menos pensando que quieren atraparte.

De entre las hojas del árbol cayó un fajo de billetes que quedó sobre la tierra, entre los dos mastines que no se movieron. Sus ojos continuaban clavados en el hombre.

De haberse acercado Mulligan a aquellas bestias de presa, habría podido ver su rostro reflejado en sus pupilas sanguinolentas. Con un solo perro habría podido envalentonarse, pero con dos, la situación era más delicada y aquellas bestias parecían saber ejecutar una orden.

—¿Son mis quince mil? —preguntó.

—Sí, pero si no deseas seguir trabajando para mí, será mejor que no los cojas.

—Yo hice el trabajo.

—Mal.

—La chica quedó en la piedra de huevo como habíamos acordado.

—La policía ha estado merodeando por la zona y ha estropeado algunas cosas. No me gustan los intrusos, asustan a...

—¿A quién?

El enigmático ser volvió a reírse.

—No hagas demasiadas preguntas, Mulligan, no te conviene. Hay cosas que tu estúpida mentalidad no llegaría a comprender jamás.

—No soy ningún idiota de nacimiento.

—Eso es lo que tú siempre has pensado. Sólo crees en los dólares y en lo que puede comprarse con ellos, nada más.

—¿Acaso hay algo más?

—¿No piensas en la muerte?

—No me gusta hablar de ella.

—¿Y después de la muerte?

—Nada.

—¿No te parece que lo mejor es burlar a la muerte?

—No entiendo nada —barbotó—. ¿Puedo coger mis billetes?

—¿Harás el trabajo que deseo?

—Bueno —dudó—, ¿cuánto me pagará?

—Cien.

—¿Cien?

A Mulligan se le iluminaron los ojos. Jamás por trabajo alguno en su miserable vida de hampón había ganado no sólo aquella cantidad sino la mitad.

—Bueno, si me da una parte ahora...

—Te daré veinticinco.

Cayó un nuevo fajo de billetes junto al otro, entre los perros.

Mulligan, pese a la atracción que los billetes ejercían sobre él, no se atrevía a cogerlos. Estiraba su mano, pero los perros gruñían con más fuerza mientras un doble hilillo de baba caía por las comisuras de sus respectivas bocas.

—¿Qué habrá que hacer?

—Hay cuatro mujeres.

—¿Cuatro?

—Sí, ¿te asusta?

—Estoy solo.

—Sólo harás el trabajo con mayor seguridad, nadie podrá traicionarte y tampoco nadie te hará preguntas.

—No sé si podré.

—Podrás, o tú serás la próxima víctima. Yo puedo encontrarte donde quiera que te escondas tengo más poderes que la policía.

—¿Más poderes que la policía? No, eso no es posible —rebatió Mulligan pese al alcohol que llevaba en sus venas y que podía empujarle a creer más de lo creíble en estado de serenidad y sin haber bebido.

—Sí, muchos más poderes. Yo puedo saber dónde está tu cerebro a diez mil millas de distancia.

—Imposible.

—Los estúpidos de ahora, a eso le llaman telepatía. Es algo que nosotros conocíamos hace muchos milenios y que empleábamos mucho mejor de lo que lo emplean ahora algunos que se creen superiores a los demás.

—¿Qué es usted, un espiritista?

—Insistes en hacer preguntas, ¿eh, Mulligan? Algún día te responderé y le maldecirás a ti mismo por hacer preguntado.

—De acuerdo —dijo trémulo, pues ahora ya estaba convencido de que las palabras que le dirigían brotaban de entre las hojas que componían la copa frondosa de aquel árbol bien cuidado del parque infantil.

—Puedes coger entonces el dinero, es tuvo, pero recuérdalo, no seas estúpido porque te costaría muy caro y sería más doloroso que ir a la cárcel. Podrías ver sucesos horrorosos y tu cuerpo, aún vivo, terminaría hundido en un hormiguero gigante como el de la muchacha que me trajiste. Tú no querrás que eso suceda, ¿verdad?

—No, no, claro, pero...

—Coge tu dinero.

Mulligan volvió a mirar con recelo a los perros, pero, poco a poco, se atrevió a inclinarse entre ellos para recoger los billetes. La voz que le había estado hablando volvió a reírse de aquella forma alargada y sarcástica con que lo hiciera con anterioridad.

Mulligan se inclinó más Sobre los billetes; notaba el aliento de los mastines cerca de sus orejas, a derecha e izquierda. Temía hacer algún movimiento brusco que sorprendiera a los perros porque podían hacer presa en su cuello.

Recogió los billetes y volvió a enderezarse. Sus dedos temblaban y el

sudor los iba mojando.

—¿Ves cómo ha sido fácil, Mulligan? Y lo ha sido porque yo no he dado la orden de que los mastines te despedacen.

—Si me muerden no podré hacer ningún trabajo.

—Claro que no.

De pronto, las hojas del árbol se movieron con fuerza y entré ellas salió un gran pájaro negro que voló y lo hizo tan rápido que sorprendió a Mulligan que sintió un fuerte impacto en su frente le aturdió. Y le hubiera derribado de no haber tenido el tronco del árbol a su espalda.

Después, aquel pajarraco siniestro emitió unos graznidos y se alejó volando muy bajo mientras los perros echaban a correr y él volaba por encima de ellos, como si fuera un compañero alado.

Mulligan estaba más asustado que antes.

No podía dar crédito a que quien hubiera estado hablándole fuera una especie de cuervo, un cuervo de tamaño grande. Se tocó la frente y notó los dedos húmedos dedos que miró a la escasísima luz que le llegaba de la luna.

Lo mojado era oscuro, no era sudor sino sangre, pero los billetes estaban en sus manos. Bruscamente, se giró hacia arriba y casi gritó:

—¡Vamos, baje de ahí! ¡No me engañe, sé que está ahí arriba! Lo del pajarraco sólo es un truco, sí, un truco, no soy ningún niño.

No hubo respuesta alguna para sus palabras. Se guardó los billetes y sacó su pistola.

Apuntó al follaje del árbol, pero cuando iba a apretar el gatillo, se quedó quieto, no disparó. Las detonaciones provocarían la alarma y lo que menos deseaba era que la policía se le viniera encima.

Por otra parte, de haber alguien, hubiese tenido miedo al arma.

Comenzó a retroceder alejándose del parque y buscando el callejón que había de retomarle a la calle principal. Caminó por ella a largas zancadas mientras notaba los billetes en sus bolsillos.

Vio unos coches que se alejaban y a la furcia de antes balanceando su bolso. Al parecer no se había puesto de acuerdo con los de los coches.

Ella le miró con asco y reproche a la vez. Al llegar a su altura Mulligan, que jadeaba, no sabía si de miedo o de cansancio o acaso por el alcohol ingerido, la cogió por el brazo y le ordenó:

—Vente conmigo.

—¡Déjame! —le exigió ella, furiosa. No era ninguna niña pero resultaba atractiva, quizá artificialmente atractiva.

—Ciento cincuenta pavos pero toda la noche conmigo, preciosa.

—Pero, encanto, ¿qué te ha pasado en la frente? —le preguntó muy cariñosa de golpe, procurando mantener el paso rápido de él que tenía prisa por encerrarse en el hotel.

—Creo que he tomado alguna copa de más y me he dado contra algo, estaba oscuro.

—Oye, cuando bebes demasiado no vomitarás en la cama, ¿verdad?

—No hagas preguntas idiotas; si te portas muy bien, hasta puede que haya propina.

La furcia agitó su culo como una gallina y no hizo más preguntas.

CAPÍTULO VI

Las largas alas de libélula batían el aire con fuerza. El helicóptero era un modelo muy avanzado al servicio de la aviación privada y pertenecía a una sociedad de heli-taxi.

Aquel viaje nocturno no era vulgar y tampoco normal.

El piloto no hacía preguntas. Le habían exigido que mantuviera los labios pegados y sólo se fijara en su ruta, para eso se le pagaba el triple de lo acostumbrado y, después de todo, sólo se trataba de transportar a unos desconocidos a un lugar casi perdido en el desierto y regresarlos a la base donde desaparecerían a bordo de sus respectivos automóviles.

Santy, que era chicano y había aprendido a manejar un helicóptero como los mejores en la Navy, supuso que el patrón de la compañía también cobraría el triple por aquel vuelo o quizá más.

En principio, tuvo una sorpresa al ver acercarse a los que iban a ser sus pasajeros, tres hombres y dos mujeres. Todos ellos llevaban las cabezas cubiertas con medias femeninas que les deformaban la cara de tal manera que resultaban totalmente irreconocibles.

De lo que no cabía duda alguna era de que los cinco personajes eran muy adultos, el que menos tendría cincuenta años y quizá una de las mujeres se acercara a los setenta.

Nadie dijo nada. Subieron al aparato de alquiler, un modelo seguro de línea aerodinámica y pintado en blanco y naranja, con capacidad para seis pasajeros y trescientos kilos anexos de equipaje.

Santy, discreto, cerró la puerta, remontando el vuelo. No le gustaba volar de noche; sin embargo, tenía una prima extra por ello y había aprendido a tomar distintos puntos de referencia para que la orientación fuera más o menos perfecta.

Tenía como ventaja, sobre otros compañeros que trabajaban en el este, norte y en el medio oeste, que en California había casi siempre poca o nula nubosidad, máxime en las áreas yermas de páramos y desiertos.

No era la primera vez que realizaba aquel viaje nocturno y ya conocía su destino.

El rumor del motor y las alas batiendo el aire eran para Santy como los ruidos de su propio ser, como el ritmo de su corazón o su respiración. Se identificaba plenamente con la máquina voladora.

El viaje no era difícil y Santy pilotaba con tranquilidad. Había buena luna, un cielo estrellado y no tenía por delante montañas escarpadas o rocosas que le pudieran dar un disgusto. Por ello, volaba bajo, apenas a unos quinientos o seiscientos pies de altura, y podía ver con claridad la línea de la carretera más oscura, como una gran serpiente que de vez en cuando era recorrida por una luz que la remarcaba.

Observaba de reojo los controles del salpicadero y llevaba los auriculares

puestos por si recibía alguna llamada, lo que no era fácil.

La baja altura aérea en la que navegaba le evitaba un funesto encuentro con algún otro aparato volador. Las Piper y helicópteros privados no eran extraños en la zona. Los grandes ranchos que se extendían desde el sur de las Rocosas y las montañas de la California norte hasta prácticamente el Missouri, poseían avionetas debido a las enormes distancias a recorrer.

Eran las once treinta de la noche y debían hallarse cerca del destino.

Santy escrutó el paisaje nocturno que se extendía bajo sus pies y no tardó en descubrir la fogata. Era un excelente punto de referencia en la noche.

Se aproximó a. ella y descubrió entonces el templo marmóreo que la luz lunar hacia destacar sobre el suelo pardo rojizo.

El helicóptero descendió lentamente, sin brusquedades, como había exigido su patrón, ya que algunos de los pasajeros eran ancianos.

El aparato se quedó quieto. Santy sabía que debía de aguardar un buen rato y que no era necesario mantener las palas en marcha, pero tenía orden de no abandonar el aparato mientras durara el servicio.

Abrió la puerta y colocó la escalerilla para que bajaran los cinco personajes encapuchados que ni siquiera habían conversado entre ellos; era muy posible que no se conocieran entre sí.

Santy los vio alejarse caminando un poco torpemente. Por allí había bastantes piedras rectangulares y a Santy le daba la impresión de que era un cementerio.

Una figura alta y blanquecina les aguardaba.

Era un hombre de elevada estatura, delgado, con cabello abundante y blanco que vestía una túnica larga y blanca también.

Los cinco viajeros fueron a su encuentro. Santy supuso que sería un santón al uso o un curandero de los que tanto habían proliferado en los últimos tiempos, especialmente en la costa oeste de los Estados Unidos, pues sus locales sociales o templos solían radicarlos en Los Angeles o San Francisco.

—Bien venidos al templo de Aristeo, hermanos —saludó el hombre que recibía a los viajeros, palabras que ya no pudo oír Santy, que comenzó a encender un cigarrillo.

Los recién llegados no descubrieron sus rostros. Aquella ocultación de sus respectivas identidades parecía una premisa establecida de antemano.

El llamado Aristeo dio la vuelta y echó a andar entre aquellos paralelepípedos de mármol que semejaban sarcófagos y al pie de los cuales había cuervos también de mármol.

Los cinco visitantes del templo le siguieron sin excesiva seguridad en sus pasos. No conocían aquel lugar, era de noche y sobre sus huesos llevaban el lastre de los años.

Entraron en el templo debidamente iluminado.

Cerca de lo que constituía el altar o fachada interior principal, con su pulpito como elemento destacado, había uno de aquellos sarcófagos de piedra pero sin tapa, vacío y colocado «obre dos juegos de ruedas de madera unidas

entre sí por unos ejes.

El que se hacía llamar Aristeo subió al púlpito marmóreo, sencillo en su trazado, sostenido por la cariátide que representaba a un cuervo.

Los recién llegados se colocaron al otro lado del sarcófago y miraron hacia lo alto, iluminados por lamparillas de aceite sostenidas por pedestales o pilastras también de mármol.

—Hermanos, si estáis aquí es porque habéis oído hablar de mí y de mis poderes. Nadie, nadie os ha obligado a venir. ¿No es cierto, hermanos?

Los cinco, sin articular palabra, sin quitarse las medias que ocultaban sus respectivos rostros, asintieron con la cabeza.

—Los dioses me han dado muchos poderes, entre ellos el de la inmortalidad, una inmortalidad que yo puedo conceder también a quienes crean en mí, a quienes sean mis discípulos, a quienes se entreguen para siempre al culto del templo de Aristeo y a los dioses Daimonion que lo sustentan.

Se inclinó sobre el púlpito, haciéndose más confidencial.

—Sé que todavía, en lo más hondo de vuestras entrañas, anida la duda, el escepticismo. Habéis oído hablar de la inmortalidad y queréis arañarla porque la vida se os escapa.

Las llamas que flotaban sobre el aceite contribuían a hacer más espectral aquella situación, aquella ceremonia en la que Aristeo trataba de ganarse unos discípulos eternos.

—La vida en vuestro mundo materialista se va, se esfuma, se corrompe entre gusanos o se convierte en humo al ser quemados vuestros cuerpos y luego sobreviene la nada, eso es lo que teméis, ¡la nada!

Aristeo fue imprimiendo vehemencia a sus palabras, una vehemencia que se metía en las venas, en la sangre de sus cinco visitantes cuyos rostros no podían verse bien y menos a la escasa luz de las vacilantes llamitas, unos rostros que escondían sus emociones tras la malla de nylon.

Una de las visitantes, una mujer, replicó con voz trémula, afectada por lo que acababa de oír:

—Tenemos la eternidad espiritual, la reencarnación entre los muertos para vivir la vida eterna.

—Sí, sí, es lo que dicen en vuestra religión, lo sé muy bien, hace muchos siglos que lo oigo, pero ¿tú lo crees? —Hizo una pausa intencionada, una pausa que se hizo terriblemente larga.

Aristeo dominaba a los cinco personajes y él lo sabía, pero necesitaba conocerles hasta el final, hasta que ninguna de las células de sus cuerpos pudiera negar sus razones.

—El que de verdad crea en el paraíso del que nadie ha vuelto, puede marcharse, puede hacerlo libremente que nadie le cortará el paso; pero, nadie se irá porque de haber creído en ese cielo al otro lado de la muerte, ya no hubierais venido hasta aquí, hermanos, no habríais abiertos vuestros oídos a quienes os han hablado de mis poderes, de la inmortalidad de que yo disfruto.

Después de todo, por esas creencias que os han inculcado desde la niñez y que vosotros habéis transmitido de igual forma a vuestros descendientes, tampoco gozaríais de la paz eterna de ese edén que os prometen porque sois malvados, perversos...

Hubo un movimiento de vacilación entre los personajes que escuchaban; sin embargo, ninguno se alejó a pesar de las acusaciones.

—Estáis podridos de dinero, habéis explotado a vuestros semejantes para acumular riquezas, sois rapaces y no os ha importado matar para engrosar vuestras fortunas.

—¡No he matado! —gritó uno de los viejos con voz trémula.

—Es posible que no hayas hundido una daga en el cuerpo de un semejante para robarle la bolsa, pero lo has matado poco a poco sabiendo que enfermaba explotado por ti, asfixiándole con aire podrido, envenenándole de muchas maneras... Se mata sin sangre pero se mata. Las víctimas de los perversos como vosotros se cuentan por millones en los cementerios de todo el mundo, pero no se les llama asesinados y no penséis que a mí me importa eso; no, no me importa, no me importa porque si no fuera así, no podríais ser mis discípulos. Si queréis que la muerte pase por vuestro lado sin tocaros como la brisa que rumorea y se aleja sin dañaros, tendréis que seguir mis instrucciones. Deberéis continuar acumulando riquezas que yo tomaré en la medida que sea y cuando lo pida, porque a partir del momento en que os convirtáis en mis discípulos, vuestra vida dependerá sólo de unas palabras mías, unas palabras que cortarán vuestra inmortalidad como una cuchilla corta la carne de una criatura.

—Y además de compartir nuestros bienes contigo, ¿qué más tendremos que hacer? —interrogó uno de los presentes.

—Acudiréis aquí una vez al mes, en el período que va desde la luna en cuarto creciente al cuarto menguante; si puede ser en plenilunio, tanto mejor. Os transformaréis en seres alados y comeréis de aquello que conservará vuestra inmortalidad. Si faltaseis al festín, vuestra inmortalidad terminaría.

—¿Y qué es lo que hemos de comer? —preguntó una de las mujeres con su voz de anciana, adusta y despótica en sus tonos.

—Llegará el momento en que os lo diga. Ahora, dejadme que os recuerde que sé muy bien, porque vuestras mentes; son libros abiertos para mí, que dos de vosotros moriréis en pocos meses de cáncer, la vida se os escapa volando. Otro, tiene el corazón tan podrido que puede estallarle de un instante a otro y su sangre nos salpicaría a todos, sí a todos. Dos de vosotros veis venir la muerte más lentamente; os dais cuenta de que la vejez os idiotiza, os destruye poco a poco mientras vuestros familiares aguardan ansiosos en torno a vuestra butaca, a vuestro lecho, a que os durmáis para siempre y así entrar con sus picos y garras en vuestros tesoros. Os conozco bien, pero, no temáis, si os convertís en discípulos de Aristeo, vuestra salud mejorará, vuestra senilidad será un rejuvenecimiento progresivo y asombraréis a todos, sí, a todos. ¿Y qué podéis perder a cambio, acaso el deseo de morir en algún momento

determinado? Ni eso, porque cuando deseéis morir, podréis hacerlo, bastará con que me lo pidáis y dejaréis de ser inmortales. Mas, no lo haréis porque amáis la vida aunque sea infecta, porque sois codiciosos, porque amáis los placeres sin límite, esos placeres que algunos de vosotros va casi habéis olvidado y de los que podréis disfrutar de nuevo. No, no queréis morir, lo sé, os conozco bien y ahora, ahora mismo...

Iba alargando sus palabras, cambiando los tonos, haciéndolos más suaves, más confidenciales o más duras según las frases que incrustaba en las mentes de aquellos cinco miserables que se aferraban a la vida al precio que fuera.

De pronto, Aristeo alzó la voz. Fue una llamada con voz gutural, cavernosa, que se filtró entre las columnas del templo.

—¡Laura, Laura, ven aquí, Aristeo tu amo te lo ordena, ven aquí!

Los encapuchados que no dejaban ver sus rostros, pues cuando se alejaban de aquel templo tampoco llegarían a conocerse entre sí jamás, lo que les garantizaba en cierto modo seguridad y anonimato, miraron en todas direcciones.

Entre las columnas no tardó en aparecer una joven que avanzaba hacia ellos despacio, sin prisas, mostrando la completa desnudez de su piel tostada por el sol de California, una mujer de cuerpo hermoso que sobre la cabeza lucía un cabello corto y castaño. Era Laura, sin su llamativa peluca de color rubio platino.

A derecha e izquierda, como escoltándola, avanzaban los dos mastines negros de ojos sanguinolentos que nada bueno presagiaban.

Los encapuchados se apartaron para dejarle paso. Admiraron la belleza de la mujer, la envidiaron ellas y la desearon ellos, pero los perros estaban muy cerca e infundían miedo, un miedo instintivo ante aquellas mandíbulas terriblemente armadas.

—Laura, ¿sabes quién soy?

—Aristeo, el inmortal.

—Laura, ¿deseas tú también la inmortalidad?

—Sí, mi señor, la deseo.

—Tú y yo hemos orado, hemos leído las paredes de este temploó levantado por las fuerzas de los Daimonion para consagrarlo a su fiel servidor que soy yo, Aristeo, yo que he recibido los poderes de la inmortalidad. Sí, hemos leído y te has consagrado. Ahora ha llegado el momento de dar el gran paso. Sube a tu lecho y tiéndete en él.

Laura se sentó primero y luego se introdujo en la cavidad del sarcófago marmóreo mientras Aristeo descendía de su púlpito y reaparecía junto a ellos llevando en sus manos una afilada daga.

Estaba como poseído. Sus ojos se habían agrandado y las oraciones más que decirlas, las regurgitaba.

Se puso entre los mastines y se inclinó sobre la muchacha. Tomó la daga y se hizo un corte en su propio brazo. La sangre manó y manchó la hoja de metal y con ella fue pintando extraños jeroglíficos sobre el cuerpo desnudo de

Laura que seguía quieta. Estaba como hipnotizada, no se movía lo más mínimo, dejaba que la ceremonia pasase sobre ella como un sueño durante la noche.

Los cinco desahuciados de la vida, ocultos sus rostros bajo las medias que les permitían ver sin ser identificados, observaban sobrecogidos mientras Aristeo seguía orando en una extraña lengua que ni los conocedores del griego antiguo habrían podido descifrar.

Aristeo levantó al fin la daga y gritó, gritó una sola palabra que resultó ininteligible. Luego, la bajó con fuerza, hundiéndola en el pecho de la mujer, que contrajo su rostro de dolor.

Aristeo dijo algo más ahora, pero fue como un gorgoteo Agotado, exhausto, y separó la daga del cuerpo femenino.

Los cinco personajes que ansiaban la inmortalidad observaban excitados cuanto ocurría.

De pronto, Aristeo tomó la mano de uno de ellos que en principio ofreció un poco de resistencia. Le obligó a introducir el dedo índice en la herida del pecho de Laura que había cerrado los ojos y se había quedado muy quieta, con un rictus de dolor.

—Probad, probad... La muerte quiere llevársela pero no podrá, no podrá. Retiraos, retiraos —ordenó con las manos ensangrentadas, lo mismo que uno de los asistentes.

Se hicieron atrás y dejaron de ver a Laura. De pronto, se escuchó como un batir espasmódico de alas y del sarcófago salió un cuervo que graznó con fuerza e inició el vuelo revoloteando entre las columnas, sin dejar de graznar mientras los mastines gruñían y quienes presenciaban la ceremonia como espectadores se sentían desconcertados.

Aristeo les invitó:

—Mirad, mirad ahora el lecho donde yacía Laura.

Se acercaron al sarcófago de piedra y miraron hacia su interior. Sangre y algunas plumas negras, no había nada más.

—Laura es inmortal mientras yo lo desee.

—¿Dónde está? —preguntó la vieja que más cojeaba al caminar.

—Tranquilizaos, ha de hacer su primera volada.

Estuvo volando entre las columnas por espacio de unos minutos. Las llamas bailaban aún más sobre el aceite al batir las alas encima de ellas, creando corrientes de aire.

Al fin, el pajarraco desapareció y todo quedó quieto, aparentemente tranquilo.

—Laura, Laura, ¿has alcanzado la inmortalidad? Soy Aristeo, tu dueño y señor para siempre.

—¡Sí, sí, soy inmortal!

Laura reapareció entre las columnas, desnuda como antes, pintada en sangre y con la herida por el costado de su seno izquierdo, un seno firme y atractivo donde destacaba la tentadora fruta que era su pezón oscuro.

—¿Está viva de verdad? —balbuceó uno de los hombres.

—No sólo está viva sino que ya no puede morir.

Aristeo cogió la muñeca derecha del que había hablado y le puso la daga en la mano, obligándole a sujetarla.

—Tú deseas penetrarla, ¿verdad? Lo sé, lo sé, hace años que no lo has podido hacer con ninguna mujer y ahora puedes mitigar tu deseo convirtiéndolo en sadismo. Mátala si puedes, hunde la daga en ese cuerpo ensangrentado.

La afilada arma tembló en la mano de aquel sujeto y, bruscamente, el brazo se impulsó hacia adelante y de abajo arriba, hundiendo la daga en el vientre de Laura que no se movió.

El hombre que acababa de asestar la puñalada, asustado, dejó la daga clavada en el cuerpo femenino. Aristeo la tomó por la empuñadura y la sacó, comentando:

—Ya no mana sangre por sus heridas. ¿Alguno de vosotros quiere volver a probar?

Se adelantó una de las viejas y tomando la daga de las manos de Aristeo, la hundió en el cuello de Laura con evidentes intenciones de degollarla.

Fue tal el impulso que tomó y tan afilada estaba la hoja, que la punta salió por el otro lado del hermoso cuello de Laura.

Aristeo tomó a extraer la daga del cuerpo de la joven que seguía con los ojos abiertos y una sonrisa en sus labios.

Los cinco personajes encapuchados se hallaban atónitos, ya no cabía dudar de cuanto Aristeo les prometía.

¿Qué importaba compartirlo todo con él? Si morían, nada habría de quedarles, desaparecerían y ninguno de ellos deseaba morir.

—¡Quiero ser la víctima en tu ceremonia de la inmortalidad! —le suplicó uno de los hombres.

—¡Yo primero! —Clamó una anciana arrodillándose, cogiéndose a sus rodillas— ¡Te daré lo que tengo!

Aristeo suspiró, sonriente y triunfador.

—Todos, todos seréis inmortales, pero en ceremonias separadas. Yo os diré cuándo estará preparado cada uno de vosotros y cuando os llame, vendréis.

—Yo quiero ser inmortal ahora —suplicó la vieja que se había arrodillado a sus plantas pese a la dificultad que para ella entrañaba aquella acción humillante.

—No, ahora no es posible, estoy agotado. Marchaos, marchaos, vuestro pájaro mecánico os aguarda. Yo os iré amando, no me olvidaré de ninguno de vosotros.

Dos de los hombres, antes de marcharse, palparon el cuerpo de Laura para asegurarse de que era una realidad, que no se trataba de una ilusión.

Notaron las carnes cálidas, aunque no tanto como hubieran deseado. Tocaron la sangre que se había vertido en la ceremonia y las heridas, pero

Laura seguía en pie sonriente, dejándoles hacer.

—Marchaos, marchaos —ordenó Aristeo.

Los mastines comenzaron a gruñir y aquellos cinco miserables que ansiaban la inmortalidad al precio que fuera, salieron del templo por la misma puerta utilizada para entrar.

A distancia, Santy, que permanecía escuchando música en su cassette y leyendo una revista gracias a una luz que tenía sobre su cabeza, les vio venir y puso en marcha el rotor. Las palas comenzaron a girar.

Era la hora del regreso, el trabajo especial de aquella noche iba camino de su fin.

CAPÍTULO VII

El helicóptero de la policía se detuvo junto al Monstruo de Gila Motel en cuyo parking había varios vehículos estacionados.

El sargento Vic Lank se dirigió sin vacilar a la habitación cero seis y llamó con los nudillos.

Casi de inmediato se abrió la puerta y apareció un rostro muy joven y hermoso que reconoció enseguida. Era la tercera vez que se encontraba con ella.

—¿Cómo está, abogado?

—Pase, le estábamos esperando. Ha tardado usted mucho, ¿no?

—He comenzado el servicio a las ocho y son las ocho y diez.

—¿Y no podía venir nadie durante la noche?

—Bueno, bueno no hay que ponerse tan nerviosas. ¿Puedo pasar?

June se hizo a un lado. Dentro de la habitación estaban Iris, Sarah y Gwen.

Las tres miraron con interés al atlético y viril sargento que sonrió como disculpándose por lo que ellas consideraban un retraso y una desconsideración.

—Veamos, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Gwen, que ahora no reía, explicó muy nerviosa:

—Laura ha desaparecido. Se quedó allí, en el templo, se cerraron las puertas y los perros y los cuervos me querían morder.

—Poco a poco... ¿Seguro que no han fumado nada raro esta noche?

—¡Sargento! —espetó Sarah, molesta y ofendida.

Iris, más dúctil, explicó:

—Fuimos al templo de Aristeo y después de estar conversando con el loco, nos marchábamos ya cuando Laura desapareció.

—Esto comienza a aclararse. Veamos, fueron al templo de Aristeo. Se refieren a esa reliquia antigua de mármol que montaron hace unos años sobre una colina en mitad del páramo, ¿verdad?

—Sí.

El «sí» había sido casi unánime.

—¿Y quién es el loco?

Las cuatro mujeres se miraron entre sí. June aclaró:

—El loco es Aristeo, por lo menos ése es el nombre que nos dio un viejo que esculpía un cuerpo de mármol y que aseguraba ser inmortal.

—Bueno, es posible que algún loco o vagabundo, aunque los vagabundos son ciertamente raros por estos parajes, les tomara la cabellera, y no es que quiera ofenderlas.

—Parecía un hombre muy extraño —comentó Iris—, ¿Quién es?

—En ese templo no vive nadie —puntualizó el sargento Vic Lank, y las cuatro mujeres se encararon con él, protestando al mismo tiempo.

—Nosotras hablamos con ese hombre que aseguró ser el propietario.

—Bueno, aceptemos que hablaron con un tipo extraño, pero allí no vive nadie.

Gwen intervino, explicando:

—Allí va gente, me hablaron de ello, por eso fuimos nosotras.

—Eso sí es cierto. Ese templo es griego.

—No es griego —rebatió June al sargento que la miró, irónico.

—Bueno, abogado, no será griego, pero en mi modesta cultura me lo parece.

—El loco nos dijo que era del Proconesos.

—¿Del qué?

—Proconesos, una isla que se halla en el mar de Mar— niara, en Turquía; es célebre por sus mármoles.

—Disculpen ustedes si no estoy bien en arqueología, parece que no es mi fuerte —admitió sarcástico Vic Lank.

June sonrió, diciendo:

—Eso nos lo contó ese loco que decía llamarse Aristeo, nosotras tampoco lo sabíamos.

—Si es así, no cogeré complejo. —Suspiró—. Bueno, ¿qué más?

—Se hacía de noche —explicó Iris— y decidimos marcharnos.

Gwen continuó:

—Ellas iban en un coche juntas y Laura tenía que venir conmigo. El Cadillac se puso en marcha y yo llamé a Laura. Subí las escaleras del templo pero la puerta se cerró. Vi su peluca en el suelo, tuve miedo y aparecieron los mastines. Querían destrozarme con sus mandíbulas. Tuve suerte de poder correr, meterme en el deportivo y cerrar la portezuela. Salí zumbando, di alcance al Cadillac y ¿sabe lo que ocurrió?

—No.

—Nos atacaron los cuervos.

Vic Lank volvió a sonreír, escéptico.

—¿Tratan de divertirse?

—¿Qué es lo que le parece a usted divertido, sargento? —preguntó Iris.

—En esta zona no hay cuervos; buitres, sí, pero no cuervos.

—Pues fueron cuervos. Venga.

Sarah, resuelta, salió de la habitación encaminándose al área de parking. Vic Lank miró a las otras mujeres, interrogante, y al ver que ellas también avanzaban hacia el Cadillac, se encogió de hombros y se dejó guiar por ellas.

—¿Ve esto? —preguntó Sarah, mostrándole la capota de su Cadillac.

Vic Lank tocó los agujeros con sus dedos.

—Tendrá que cambiársela, está muy estropeada.

—Son las garras de los cuervos —le espetó Iris.

—El coche es mío —dijo Sarah— y sé muy bien lo que es un cuervo.

—Está bien, está bien, no creo que sea misión de la policía saber si en un área determinada hay cuervos, buitres u otra clase de aves carniceras o de rapiña; ésa es tarea de los ornitólogos.

—¿Y Laura? —preguntó Gwen, sombría.

—¿Está segura de que se quedó en ese templo?

—Sí —asintió Gwen.

—Bueno, en el helicóptero sólo tenemos una plaza más, no puedo llevarlas a todas.

—¿Puedo ir yo? —preguntó June.

—De acuerdo. Iremos al templo, en pocos minutos lo revisaremos y veremos qué ha hecho esa Laura. Se llama así, ¿no?

—Sí, Laura —asintió Gwen—, Y llevaba peluca.

—Aunque se haya quedado allí, con dormir hasta ahora, no le habrá sucedido nada. Ese templo no deja de ser una protección.

—Pero, ¿de quién es ese templo? —preguntó June abiertamente.

—Creo que pertenece a una sociedad del este, debieron acogerse a la inversión en culto religioso para librarse de impuestos. No se sabe más de todo ello, aunque la colina y sus alrededores son propiedad de una compañía cuyo nombre no recuerdo ahora.

—¿Y por qué nos diría ese sujeto que encontramos que él era el propietario? —dijo June.

El sargento se encogió de hombros.

—Quizá tenga acciones en esa compañía, pero ahí no vive nadie, eso es seguro. Lo que sí es cierto es que recibe visitas de turistas y también de los que pudieron pertenecer o siguen perteneciendo a la secta que tiene su culto en ese lugar. Ya saben, hay muchas sectas religiosas.

—Sí, demasiadas, pero somos libres al respecto.

—Naturalmente. Cualquiera puede levantarse por la mañana, darse en la cabeza contra el suelo y exclamar: ¡Ya lo tengo, soy dios, semidiós o el elegido y voy a fundar una nueva religión! Adeptos no van a faltarle, hay gente que se apunta a todo. Yo creo que lo hacen por turismo pues no cesan de viajar de una parte a otra. Bueno, ¿se viene conmigo o no?

—Sí. —June se volvió hacia su madrastra y sus dos amigas—. Volveré dentro de un rato.

—Te esperaremos aquí —le dijo Iris.

June se acomodó en un asiento adicional que el helicóptero tenía detrás de los dos asiento delanteros. También poseía una camilla que se introducía en el fuselaje y que podía llevar a una persona tendida, casi metida en el hueco.

Aquella camilla servía para casos de emergencia.

El helicóptero ascendió por encima del hotel y se alejó de él mientras el sargento Vic Lank daba órdenes al agente piloto y trasmitía su posición y destino a la base.

Medio volvió su cabeza luego, para preguntar:

—¿Va bien ahí?

—Por favor, aunque sea abogado, soy una mujer moderna. Tutéame, sargento.

—De acuerdo, haz tú lo mismo conmigo.

Vic Lank hizo algunas observaciones más a través de la radio. Preguntó si el resto del área estaba en perfecto estado y le respondieron que sí y colgó los auriculares.

El templo que tanto costaba de encontrar siguiendo la serpenteante carretera por el páramo, desierto en muchos de sus lugares, lo hallaron muy pronto.

—Es bonito, ¿eh? —comentó el piloto.

—A mí me parece una idiotez traer ese templo aquí, podían haberlo montado en cualquier otra parte más accesible —opinó Vic Lank. Luego, se volvió hacia June—. ¿Sabes si es auténtico?

—Creo que sí. Parece que la piedra marmórea está restaurada pero es un templo que han traído piedra a piedra desde lejanos países. Es posible que si se levantara en otra parte tuviera éxito de visita; sin embargo, pese a su blancura, tiene algo de siniestro.

—Yo no le veo nada de siniestro —dijo Vic Lank mientras el helicóptero descendía frente al templo.

—Supongo que para sentir algo habrá de estar uno aquí solo en la oscuridad de la noche.

—Creo, abogado, que tienes demasiada imaginación. Por cierto, ¿cómo prefieres que te llame, abogado o abogada?

—June.

El aparato se posó suavemente sobre la tierra, levantando una polvareda que se fue posando con rapidez.

Por su posición dentro del pequeño helicóptero policial, June tuvo que esperar a que saltara el sargento Vic Lank. Luego, empujó el asiento de éste y salió ella, dejando dentro del aparato al piloto que no detuvo el motor.

—Bueno, ahora veremos todo el misterio de este templo.

—Si Laura está por aquí, ha tenido que ver el helicóptero; hace mucho ruido y no pasa desapercibido.

—La puerta del templo está abierta y no parece haber nadie.

—¿Y si está encerrada o amordazada? —preguntó June.

—Me temo que por estos lugares las mujeres se aburren demasiado y ven muchas películas de serie en la tele.

Vic Lank subió casi saltando los peldaños que conducían al atrio, ni siquiera tomó la precaución de empuñar su pistola de reglamento. June aceleró el paso para seguirle y ambos entraron en el templo.

—¿Hay alguien aquí? —llamó a gritos Vic Lank.

Sólo su voz, rebotando contra las paredes marmóreas, llenas de epígrafes ininteligibles para los seres del siglo XX, le respondió.

—Hay demasiadas columnas —observó June— tantas que no dejan ver en línea recta.

—Creo que para sostener el techo no hacían falta tantas —opinó el sargento.

—Pienso que las colocaron en función de confundir, de no dejar ver en

línea recta.

—Esto parece una barraca de un parque de atracciones, sólo que en caro, porque aquí hay mucho mármol y traerlo hasta este lugar...

—Sí, máxime cuando fue labrado hace más de veinticinco siglos.

—Uauh, pues todavía es peor. Quizá la compañía propietaria del templo haya querido invertir su dinero en él por aquello de que lo antiguo es un valor siempre seguro y revaluable pese a las devaluaciones de nuestro vituperado dólar.

Se filtraron entre aquel bosque de columnas y arribaron a lo que podía denominarse altar y que estaba presidido por el pulpito; allí no había nadie.

—Las paredes están lisas, no parece haber escondites. No hay muebles y no creo que haya sótanos. ¿Dónde podía haberse escondido Laura?

—No lo sé. Lo que sí es seguro es que se quedó sola aquí y sin coche para poder regresar.

—Bien, seguiremos buscando.

—Vamos afuera; a ese sujeto que dice ser Aristeo lo encontramos detrás del templo, cincelando un cuervo.

—Veremos si ese loco anda por ahí. Si Laura está en este lugar, seguro que la encontraremos.

Salieron por la puerta que daba a la fachada posterior del templo de mármol y encontraron las piedras en bruto, aguardando ser labradas.

Más lejos estaban lo que parecían sepulcros sobre la propia tierra y no bajo ella.

—Ese es el cuervo que estaba cincelando —señaló June.

Vic Lank se fijó en la estatuilla que no llegaría a tener tres palmos de altura, evidentemente no estaba terminada. En el suelo había esquirlas producidas por el cincelado, pero las herramientas no estaban.

—Puede que ese vagabundo que visteis tuviera sueños de escultor y viendo la figurilla sin terminar quisiera intervenir un poco, o quizá al veros quiso dar la impresión de que era el escultor cuando sólo había hecho que ponerse delante de la figurilla a la que le bastaría dar unos golpecitos, porque no podríais atestiguar delante de un juez que él labró esa estatuilla que está a medio terminar, ¿verdad?

June quedó en suspenso; como abogado que era, la observación del policía resultaba aplastante.

—Es cierto. Le vimos dar unos golpes, pero no podríamos jurar que fuera él quien ha esculpido esta figura que se halla a medias, pero ¿por qué representar esta farsa? Ese sujeto sabía muchas cosas que no es fácil que las conozca un vagabundo vulgar.

Vic Lank se encogió de hombros.

—Es posible que haya leído algo en alguna parte o se lo haya contado uno de los escasísimos turistas que pasan por aquí o algún adepto de esa extraña secta que ni sé cómo se llama. Supongo que sabrás que el truco que emplean los charlatanes y las gitanas que adivinan el porvenir es ir tirándote de la

lengua. Tú dices algo que no te parece importante y ellos ese algo lo adornan, lo inflan, y te dan la impresión de que saben hasta la primera papilla que te dio tu madre. Son muy astutos.

—Eres un tipo muy pragmático, Vic.

—¿Pragmático?

—Sí, todo es práctico en ti, todo ha de estar claro.

—Así debe ser, ¿no?

—¿Y si te encuentras en alguna ocasión frente a algo que no llegas a entender, algo que escapa a las reglas de todo lo habitual, de todo lo conocido, algo que si lo explicaras ante un tribunal te expusieras a las risas del jurado e incluso a que tu capitán te enviara a una revisión psiquiátrica, qué harías?

—No existe ese «algo», todo tiene una explicación. A mí las películas como «Encuentro en la tercera fase» me parecen un buen divertimiento, pero nada más. Y tampoco voy a creerme que por ahí ande un tipo que dice tener dos mil quinientos años y que todavía no piensa morirse.

—¿Y si fueras testigo de algo inexplicable?

—No sigas por ese camino, June, yo no creo en lo que no pueda explicarse, soy racionalista. Ahora, no perdamos más tiempo, el helicóptero sigue con el rotor en marcha.

—Un momento.

—¿Qué?

—Falta algo.

Vic Lank miró en torno suyo y después dijo:

—Si hubiera por el suelo algún cuerpo que pudiera parecer un cadáver, ya estarían aquí los buitres sobrevolando la zona; son el mejor indicador que tenemos, hoy por hoy.

—¿Y si estuviera dentro de uno de esos sarcófagos de piedra?

—No me estarás pidiendo que los levante todos, ¿verdad?

—Bueno, si movieras por lo menos uno —dijo en tono bajo, casi de súplica.

—Está bien, veamos qué contiene.

Se acercó a uno de los sarcófagos de mármol y lo tanteó. Encima había un nombre que June leyó en voz alta.

—James Harris Benson.

—¿Te dice algo ese nombre?

—No.

—A mí tampoco, posiblemente hay decenas de James Harris Benson en toda la nación.

Vic Lank comenzó a mover la tapa de aquella especie de sarcófago que ni siquiera tocaba el suelo, ya que estaba colocado sobre unas piedras de mármol que dejaban pasar el aire por debajo del mismo. La tapa, que era como una pesada lápida en sí misma, pudo deslizarse no sin esfuerzos.

El sargento policial no tenía deseos de lanzar la tapa al suelo sino de apartarla lo suficiente para poder ver el interior. Cuando hubo conseguido un

hueco suficiente le dijo a June tras dar la primera ojeada:

—Lo que sospechaba, aquí no hay nada.

June quiso comprobarlo por sí misma, casi metió la cabeza en el sarcófago y al fin dijo:

—Hay manchas.

—Bueno, no ibas a exigir que encima estuviera limpio, ¿verdad?

—Son manchas oscuras, como de sangre seca y oxidada.

—No me estarás pidiendo que traiga aquí a los del laboratorio para que determinen de qué son esas manchas oscuras, ¿verdad? ¿O acaso prefieres que carguemos con este sarcófago que debe pesar lo suyo en el helicóptero y nos lo llevemos como si tal cosa?

—Si Laura no aparece, pues...

—Bueno, voy a abrir otro sarcófago al azar, uno que sea de los más alejados para que quedemos tranquilos.

Eligió otro sarcófago, tampoco el nombre les decía nada. Tras retirar la tapa descubrieron que el interior estaba igualmente vacío.

—Nada.

—Pero también tiene manchas oscuras.

—A lo mejor utilizan esta especie de tumbas como degolladeros de pollos.

—No te tomas nada en serio, ¿oh?

—Me tomo en serio lo que le ocurrió a la chica que encontramos en el hormiguero y que todavía no sabemos quién es y al joven muerto que ése sí era un delincuente habitual. Hemos averiguado que solía ir en compañía de otro maleante cuarentón, pero nos faltan más datos que ya encontraremos, eso es lo que me interesa. No obstante, para que quedes tranquila, daremos una batida con el helicóptero por toda el área. Lo cierto es que si hubiera un cadáver como tú esperas encontrar, las alimañas, especialmente los buitres, son los primeros que lo detectan. Después de todo, es su supervivencia, aquí hay muy poco que comer y una carroña de cincuenta kilos es un festín para muchos animales, aunque te parezca una barbaridad lo que te digo.

Regresaron al helicóptero. June no iba muy convencida y de cuando en cuando miraba en derredor esperando encontrar algo que pudiera ser un testigo de que allí estaba Laura o por lo menos aquel ser que les había dicho llamarse Aristeo.

El helicóptero policial volvió a elevarse y Vic Lank pidió al piloto:

—Daté una vuelta de rastreo por la zona.

—O.K.

Vic Lank habló luego con la base policial advirtiendo que iban a regresar al Monstruo de Gila Motel.

June comprobó que desde el aire se podía escrutar muy bien cuanto había abajo en la tierra, máxime al no haber apenas árboles.

Los sarcófagos de mármol destacaban especialmente a la luz vivísima del sol.

Vic Lank dijo:

—Sólo que hubiera un coyote o un chacal lo veríamos enseguida. Cuando ven al helicóptero comienzan a correr, supongo que creyéndonos un monstruo volador que los va a devorar. Tú misma puedes ver que no hay alimañas y si no las hay, es que tampoco vamos a encontrar ningún cadáver por aquí.

—No hemos abierto todos los sarcófagos de mármol.

—No quería decírtelo, pero...

—¿Qué?

Vic Lank le hizo observar:

—Si hubiera un cadáver dentro de uno de esos sarcófagos, con este sol que da de lleno aquí, despediría unos efluvios que atraerían a los chacales carroñeros desde cien millas de distancia.

—Pero no podrían levantar la tapa.

—Los efluvios saldrían por los resquicios, esas tapas no cierran herméticamente y las bestias carroñeras se pondrían a aullar o a ladrar en torno al supuesto sepulcro. Hay ocasiones que en el desierto se ha enterrado a alguien bajo piedras para que las bestias carroñeras no pudieran comérselo y no sabes los días que pasan alrededor luchando con las piedras para conseguir su festín; lo malo es que siempre hay quien se les adelanta, quien siempre consigue comer.

—¿Y quiénes les ganan?

—Las hormigas, esas sí consiguen lo que desean. Un pequeño resquicio les bastaría para meterse en el sarcófago y dar cuenta de lo que hubiera en su interior, y si el resquicio no fuera suficientemente grande para ellas, lo agrandarían. Son capaces de perforar el hormigón y ninguno de esos sarcófagos tenía hormigas; sobre el blanco, las hormigas destacan mucho.

June se desperezó y dejó de mirar hacia abajo.

Vic Lank hizo una seña al piloto y éste dio media vuelta en el aire, alejándose del solitario templo de mármol en mitad de una tierra yerma donde sólo habitaban las alimañas.

El regreso al Monstruo de Gila Motel fue rápido. Al descender del helicóptero salieron a recibirles Sarah, Iris y Gwen que aguardaban ansiosas.

—Bueno, si no aparece Laura volveremos a rastrear la zona. De todos modos, iremos dando vistazos —le dijo Vic a June, la cual le respondió:

—Te pareceremos tontas, ¿verdad?

—No, sólo que Laura os ha podido gastar una broma por haberla abandonado a su suerte. En cuanto al tipo, podía ser un vagabundo, los hay de lo más raro. Hace pocos días me encontré en la carretera a uno caminando: no llevaba encima más que un sari y era asiático. Si en aquellos momentos me hubieran dicho que me encontraba en las montañas de Indochina me lo habría creído. Por cierto, el sábado libro de servicio y me han hablado de un complejo recreativo; no está lejos, sólo a unas ochenta millas.

—¿Y eso no es lejos?

—Para los que vivimos en esta tierra, no. La tierra es tan mala, tan avara, que nos tenemos que separar mucho entre nosotros para poderle sacar algún

beneficio. Lo que quería decirte es que si estás de acuerdo, te paso a recoger y nos divertimos juntos, es una invitación en regla. Ah, se me olvidaba, la joven señora, la que se llama Iris, es tu madre, ¿verdad?

—Es la esposa de mi padre —corrigió June—. A ella le molesta que la llame mamá.

—Sí, claro, prefiere que os tomen por hermanas, así sale ganando ella. En fin, ¿aceptas mi invitación?

—Bueno, estaré en el rancho O'Malley.

Ya de regreso al rancho O'Malley, June explicó a todas que Laura no había aparecido por parte alguna y que en el templo no había rastro de ella ni del hombre con el que habían hablado.

Todas se pusieron de mal humor y protestaron en contra de la policía. Al poto, se cansaron de hablar y les entró una sensación depresiva a todas menos a June que comenzó a pensar con complacencia en Vic Lank, el sargento de policía.

—¿De qué te sonríes? —Preguntó Iris mirando a su hijastra—. Cualquiera diría que estás viendo una película porno...

—Quizá —respondió June, y se echó a reír abiertamente.

La sorpresa las aguardaba en el rancho O'Malley.

Tendida en una hamaca bajo la sombrilla que formaba la copa de un árbol, se encontraron con una mujer que les sonreía.

—¡¡Laura!!

La exclamación fue de asombro y perplejidad.

Laura se levantó de la hamaca y se acercó a saludarlas. Vestía una camisa cerrada y unos ajustados pantalones. Cubría la cabeza con su habitual peluca platinada y un amplio pañuelo de seda amarilla le ocultaba casi todo el cuello. Miró a Sarah y le dijo:

—Disculpa que te haya cogido el pañuelo, es que notaba un poco de irritación en la garganta.

Sarah, que aún no había salido de su asombro, respondió:

—No faltaría más, sabes que puedes coger lo que quieras, pero cuéntanos, ¿qué ocurrió?

—Pues, ¿qué iba a pasar? Nada, nada, que os marchasteis sin mí. Me entretuve entre las columnas, os oí gritar desde lejos y cuando fui a buscaros, el coche de Gwen ya se alejaba zumbando.

—¡La puerta estaba cerrada! —exclamó la pelirroja Gwen, entre desconcertada e irritada, sintiéndose culpable.

—Sí, claro, eso es lo que sucedió. Se cerró la puerta y tuve que dar la vuelta por la otra, eso me entretuvo. —Y luego, ¿cómo volviste? —preguntó Iris.

—Anduve hasta llegar a la carretera.

—¿De noche?

—Sí, menos mal que no me salió ningún coyote, me hubiera muerto de miedo. Después vi unos faros, me puse en el centro de la carretera y paré el

vehículo que resultó un camión. Me trajo hasta aquí y os puedo jurar que el camionero no intentó violarme como cuentan en las novelas. —Y se echó a reír alegremente.

A Gwen casi se le saltaron las lágrimas. Se abrazó a su amiga después de reaccionar ante la sorpresa y exclamó:

—¡Cuánto me alegro de que no te haya pasado nada! —La besó efusiva y luego, al separarse de Laura, observó—: Estás muy fría, pareces una muerta.

CAPÍTULO VIII

El sargento Vic Lank no perdía lo más mínimo vestido de paisano, su virilidad se hacía igualmente irresistible. Llevaba unos pantalones ligeros y un nicky con cuello pullover sobre la carne desnuda, los rizos de su abundante vello asomaban provocativos. La destocada cabeza mostraba un cabello abundante de color castaño claro.

—Cuídela bien, sargento —recomendó Iris—. Aunque sabe mucho de leyes, es una mujercita inexperta.

—Descuide, señora, no soy ningún sátiro, aunque la verdad, tampoco soy ningún santo con juramento de celibato ni deseo serlo.

June sonrió y dijo:

—Ahora ya estoy advertida, si me sucede algo irremediable no podré quejarme.

Se metió en el coche privado de Vic Lank, un Ford Torino muy bien cuidado.

—Deberíamos acompañarlos —propuso la pelirroja Gwen.

—¿Para molestarlos? —Se rió Laura—. Ellos encuentran diversiones distintas, ella todavía es una novicia. Ya, ya llegará el momento en que se integre en el grupo de casadas y divorciadas en busca de emociones fuertes.

—Volveremos tarde —advirtió Vic Lank.

—Y si no vuelvo esta noche, no os preocupéis, tomé clases de karate —observó June.

—Has hecho bien en advertírmelo, tomaré mis precauciones —rezongó Vic.

El Ford Torino se alejó del rancho dejando a las cuatro mujeres solas. Los empleados del rancho que llegaban diariamente en camiones desde sus puntos de residencia para cuidar el rancho, tenían fiesta y dos familias que vivían fijas, se hallaban a un extremo del rancho, lejos de la casa principal.

—¿Por qué no te bañas, Laura? —le preguntó Sarah.

—No tengo ganas —respondió la interpelada que se había tendido en una de las hamacas. Seguía con su pañuelo en el cuello y la camisa cerrada, lo que no era frecuente en ella.

Gwen y Sarah estuvieron nadando en la piscina mientras Iris tomaba los últimos rayos del sol de la tarde.

—Si seguimos aquí juntas y sin hombres, terminaremos por convertirnos en lesbianas —se rió Gwen, saliendo de la piscina chorreando agua.

—Si vamos a Stonies Village encontraremos lo de siempre —se lamentó Sarah.

Iris propuso:

—¿Por qué no invitamos a alguien que venga?

—¿Y si se presentan los maridos? —observó Gwen.

—Sí, con los maridos aquí no estaría bien que organizáramos una orgía

con otros extraños —se rió Iris—. Se me ocurre una idea mejor.

—¿Cuál? —preguntaron todas.

—Con sólo llamar al heli-taxi, tendríamos un helicóptero aquí y en una hora nos llevaría a una ciudad grande. Nos lo pasamos lo mejor que podamos sin que nadie nos reconozca y después volvemos a tomar el heli-taxi y regresamos al rancho.

—No está mal la idea —aprobó Sarah.

—Pero ¿adónde iríamos con exactitud? —preguntó Gwen.

Antes de que pudieran responder, un Chrysler se adentró en el rancho, acercándose a la casa.

Tocó el claxon como avisando de su llegada, se detuvo y descubrió a las mujeres. Ellas se lo quedaron mirando, inquisitivas.

El hombre no era otro que Mulligan que para aquella ocasión se había vestido elegantemente, ofrecía una sonrisa e incluso le envolvía una oleada de perfume.

En aquellos momentos, cualquiera lo habría tomado por un play-boy maduro. Llevaba el cuello de la camisa abierto y un pañuelo de seda oscuro con lunares amarillos protegiendo su garganta.

—Buenas tardes.

Las cuatro siguieron mirándole. Sarah, como propietaria del rancho, le preguntó:

—¿Busca algo?

—Objetos de arte y he encontrado los mejores y son cuatro.

Las mujeres sonrieron, les gustó el halago.

—Usted es forastero, ¿verdad? —inquirió Iris.

—Sí, soy forastero. Supongo que tengo el placer de hablar con la propietaria del rancho, ¿verdad?

—Soy yo —dijo Sarah— pero si tiene que ofrecer algo en venta tendrá que ir a San Francisco y entrevistarse con mi esposo.

—No, yo no vendo semillas, ganado ni bombas de agua que es lo que más falta hace aquí, aunque veo que el agua no les escasea, la piscina es magnífica. Ustedes son Gwen, Iris y Laura, ¿me equivoco?

—No —respondió Iris.

—Falta una chica, creo que se llama June.

—June se ha marchado con el sargento.

—¿Sargento? —repitió Mulligan.

—Sí, el sargento de policía, un tipo muy guapo, alto y fuerte y por si faltara poco, joven, claro que se ha llevado a la más joven de nosotras, aunque también a la más inexperta —recalcó Sarah.

—¿Policía? —Mulligan apenas pudo disimular una mueca de disgusto pero volvió a sonreír—. Sólo traía esto.

Mulligan hundió su mano por el interior de la chaqueta y sacó una pistola con la que encañonó a las mujeres.

—Tranquilas, no dispararé si os portáis bien.

—¿Qué significa esto? —balbució Iris.

—Nada, nada, sólo quiero compañía femenina. A lo mejor estáis buscando un sátiro para matar el aburrimiento. Venid conmigo.

—Oiga, una cosa es hablar y otra dejarnos violentar —le espetó Gwen, agresiva.

—No quisiera golpear a ninguna y mucho menos pegarle un tiro entre sus bonitos pechos, de modo que todas al coche.

—¡Esto es un secuestro! —protestó Sarah.

—Lo pasará mal —advirtió Gwen.

—Sí, lo encerrarán, porque no va a escapar —gruñó Iris.

—Estáis cloqueando como gallinas y yo ya no puedo perder más tiempo.

Laura se puso en pie y avanzó hacia el coche.

—No hay que temerle, somos cuatro y él sólo es uno.

—Vamos, vamos, todas al coche.

—Yo voy a buscar ropa —dijo Gwen que sólo usaba el mono-tanga.

—No hace falta, al coche tal como estás.

Molestas ante el sorpresivo secuestro, avanzaron hacia el coche. De pronto, Gwen echó a correr. Mulligan apuntó hacia ella y disparó. La pelirroja se arrojó al suelo y Sarah gritó:

—¡La ha matado, la ha matado!

—No, no la he matado, pero la próxima bala se la meteré justo entre sus doradas posaderas y se le romperá la tirita del tanga.

Gwen no quiso tentar de nuevo a la suerte y se levantó despacio, mirando hacia atrás con recelo.

—Gwen, no será más que un rato de diversión, es un hombre solo como ha dicho Laura —le dijo Sarah.

Todas decidieron obedecer.

El Chrysler era muy grande, cabían sobradamente en él. Laura iba a montar en la parte posterior del automóvil, pero Mulligan le ordenó:

—No, tú ponte al volante.

—Si es una mala conductora... —observó Gwen.

—He dicho que ella al volante y las tres, atrás.

Subieron al coche tal como les ordenaban. Una vez dentro, Mulligan quiso asegurarse y de la guantera sacó una cadena y dos candados.

—Las manos.

Las tres se miraron entre sí pero levantaron las manos. Iris se quejó.

—Si me atan me pongo muy nerviosa.

—No será nada.

Mulligan se guardó la pistola en el cinturón. Juntó la zurda de Gwen con la diestra de Sarah, las rodeó con la cadena y puso un candado entre los eslabones, dejándolas así unidas.

Hizo lo mismo con la mano izquierda de Sarah y la derecha de Iris mientras Gwen miraba intencionadamente a Laura para que actuara. Ella tenía la posibilidad de coger la pistola de Mulligan cuya culata quedaba muy a la

vista y fácil de coger porque Mulligan se hallaba inclinado sobre el respaldo de los asientos delanteros. Mas, Laura no hizo nada, permaneció con las manos en el volante y sus amigas se sintieron defraudadas ante su pasividad.

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó Laura.

—Sí, en marcha, yo las vigilaré.

Todas quedaron un poco perplejas mirando a Laura. Sólo Gwen, la más dinámica, se atrevió a preguntar:

—¿Tú lo conocías?

—Sí, claro, es el que me trajo hasta aquí.

—¿No dijiste que era un camionero? —observó Sarah, profundamente molesta.

—Debí equivocarme —Laura se echó a reír y luego añadió—: No os preocupéis, si queríais divertiros lo haréis y pronto.

Puso el auto en marcha, dejando a Mulligan satisfecho al ver que todo funcionaba bien.

El coche se alejó a gran velocidad dejando al borde de la piscina batas, zapatillas, libros y copas a medio consumir mientras las tres mujeres encadenadas no comprendían lo que estaba ocurriendo. ¿Cuál sería la broma que Laura pensaba gastarles? Una broma que no tardarían en saber e iba a ser muy trágica.

CAPÍTULO IX

El club recreativo era un vasto complejo en el que podían darse, si no todas, sí muchas y distintas diversiones que pasaban desde las deportivas como el tenis, la natación y un área de atletismo, a las instalaciones sociales, el pub, la discoteca, un cine de sesión continua y la gran sala de fiestas en la que participaban artistas de la música en directo.

A June, el lugar le pareció magnífico.

Era sorprendente, pero allí convivían en armonía distintas generaciones, sin entrometerse unas con otras, sin chocar sus diferentes formas de pensar o vivir, ya que podían escoger el lugar de diversión y si a los mayores no les gustaba la estridencia musical de la discoteca, podían pasar a la sala de fiestas donde los decibelios estaban más controlados.

Era como si entre las distintas generaciones existiera un pacto tácito de no agresión y sí de convivencia, de vivir y dejar vivir aunque no se llegaran a mezclar entre ellos.

Naturalmente, para que esto se pudiera conseguir, la sociedad que había montado aquel complejo recreativo al que debían acudir gentes desde grandes distancias, había contado con varias millas cuadradas, dividiendo incluso el área de motel en cuatro puntos diferentes, sugiriendo a cada cual lo que podía ser mejor para instalarse en habitaciones.

Según edades y formas de pensar y de vivir, se ofrecían alojamientos en un punto u otro para que nadie se pudiera sentir molesto en su particular sensibilidad.

Vic y June cenaron en el amplio restaurante sala de fiestas y luego pasaron a la discoteca.

Eran jóvenes y podían sacudir su esqueleto y sus órganos después de una cena sin salir descompuestos, pero ambos aceptaron con agrado la llegada de melodías lentas que les permitieron abrazarse, casi fundirse uno en otro y no sólo ellos lo agradecieron sino la mayoría de las parejas.

Mientras los cuerpos se balanceaban al compás de la música, proliferaban las frases de amor, la mayoría de ellas fuertes en su contenido y susurrantes en sus tonos. Las caricias y los besos prolongados menudeaban en todas direcciones.

Vic y June miraron en derredor, sonrieron y dejaron que sus labios se unieran también.

No era la primera vez que June besaba, había tenido sus escarceos amorosos entre los jóvenes compañeros de universidad. Había jugado a encontrar el amor, pero nunca había salido satisfecha del juego; sin embargo ahora, al sentirse aprisionada por los brazos fuertes y nervudos de aquel hombre que casi le llevaba un palmo de altura y cuya amplitud de tórax la cubría por completo, aplastando sus senos ni grandes ni pequeños, perfectos y firmes, le agradaba y la excitaba.

Se daba cuenta de ello porque sentía oleadas de calor por todo su cuerpo, especialmente por las piernas, subiéndole hacia las ingles. Y no se sentía molesta por ello, todo lo contrario.

Por eso, no sólo aceptó las caricias labiales si no que se entregó a ellas con pasión mientras notaba que las manos masculinas pasaban de su cintura a sus nalgas redondeadas, de carne prieta y sin grasa.

Le gustaban, le gustaban mucho aquellas ardientes caricias y las premiaba con el juego sensual de sus labios y su lengua que buscaba la del hombre cuando no mordisqueaba su boca tratando de excitarlo aún más.

No quería pensar en lo que sucedería después, cuando abandonasen la discoteca. ¿Qué le pediría Vic? Nada tenía que ver que fuera un sargento de la policía con él desear pasar unas horas con ella en una de las habitaciones de aquel complejo de diversión.

La pasión subía grados en ambos cuando al terminar una pieza musical por los altavoces brotó una voz, seguramente del disc-jockey, que dijo:

—Atención, atención, Vic Lank, Vic Lank... Deje por unos momentos de pasárselo bomba y acuda al teléfono, es urgente, repito, es urgente... Después ya continuará con sus jueguecitos. ¡Ieaaaa, ahí va otro lento, que aproveche, amigos!

Y comenzó otra melodía mientras se escuchaban risas en la sala de la discoteca.

—¿Ocurre algo? —preguntó June, como despertando de un sueño.

—No lo sé —dijo Vic Lank—. Cuando libro de servicio suelo decir adónde voy por si me necesitan. Somos pocos agentes para un territorio tan grande. Aguarda un momento, voy a ver de qué se trata.

—Te acompaño —dijo ella.

Cruzaron entre los demás bailarines y salieron al vestíbulo donde había varías cabinas telefónicas. La empleada del guardarropa señaló el primero de los teléfonos, pues ya parecía advertida de la llamada.

June se distanció unos pasos para no entrometerse mientras Vic Lank descolgaba el aparato y desde la centralita general del complejo le pasaban la llamada.

—Aquí el sargento Lank. ¿Quién llama?

El policía estuvo hablando apenas un minuto y después colgó.

Su actitud había cambiado, en aquellos momentos era ya un hombre de acción.

—Tengo que marcharme y de veras lo siento una barbaridad: contigo lo estaba pasando estupendamente.

—¿Vas a dejarme aquí?

—Es cierto, estás lejos del rancho O'Malley —vaciló unos instantes y cogiéndola por el brazo, dijo—: Vente conmigo.

La condujo al área de parking y allí montaron en el Ford Torino que salió a gran velocidad del complejo de ocio.

—Han visto al coche que buscábamos.

—¿Un coche?

—Sí, se refiere al caso en que encontramos a la chica en el hormiguero y al otro joven muerto, sospechábamos que había un tercer personaje. El departamento de laboratorio y rastros analizó las huellas de los coches que habían estado allí y pudimos sacar moldes y medidas. Se llegó a la conclusión de que era un Chrysler con tres años a cuatro de antigüedad y acaban de ver ese Chrysler que buscábamos. Quizá no lo sea, pero se dirige al templo de mármol.

—¿Cómo lo saben?

—Aunque mucha gente no lo crea, la policía no está dormida, se montaron puntos de observación. En realidad, esperábamos que el Chrysler volviera a aparecer. Se ha detectado ese coche, no sabemos si es el mismo que buscamos, pero hay que comprobarlo.

—¿Y dices que iba hacia el templo de mármol?

—Esa es la dirección que llevaba. Si es el que participó en las muertes de los dos jóvenes, aclararemos muchas cosas. Te prevengo que la situación puede ser peligrosa, será más sensato dejarte en alguna parte.

—No, no, prefiero ir contigo al templo de mármol. Estoy segura de que algo siniestro se oculta allá pese a su inocente aspecto a la luz del día.

—Ah, me han dicho que en el coche iban varias personas, creo que la mayoría de ellas mujeres y lo conducía una mujer con una gran cabellera rubia platino.

—¿Laura?

—Podría ser. Os sorprendió reapareciendo en el rancho O’Malley después de abandonarla en el templo. Creo que esa mujer oculta algo y no tardaremos en saberlo.

Los faros del Ford Torino taladraban la noche, barrían las sombras de la solitaria carretera que se internaba en el desierto.

—¿Crees que se aclarará el misterio del templo de mármol?

—No lo sé; me bastaría con que se esclarecieran las muertes de la muchacha del hormiguero y el joven Bert, delincuente habitual. No sabemos bien qué pudo ocurrir. Sin duda alguna la muchacha fue destrozada por alguna fiera y le arrancaron el hígado porque no se encontró ni rastro de él. Todo es muy raro, es como si en este asunto hubiesen participado un grupo de psicópatas y la muchacha hubiera sido víctima de un crimen ritual de los que desgraciadamente abundan con tanto loco suelto que hay creyéndose dios.

—¿Y después de sacrificarla bestialmente la arrojaron al hormiguero?

—Sí, eso explicaría el hallazgo de otros esqueletos femeninos que hemos ido encontrando en el desierto, esqueletos irreconocibles y totalmente mondados por los pequeños insectos. Si encontramos a los del Chrysler, quizá ellos puedan explicar lo sucedido.

—¿Y cómo podrás saber si es ese Chrysler el que tuvo que ver con las muertes?

—Reteniéndolo para que las muchachos del laboratorio confronten los

neumáticos con los moldes que se extrajeron de los alrededores del pozo de agua cerca del cual se encontraron las dos víctimas.

El viaje era largo, pero hubiera costado mucho más tiempo ir en busca del helicóptero, por lo que Vic Lank, que conocía muy bien todo el territorio, devoró las millas con su Ford Torino a gran velocidad.

Como ayuda y ventaja tenía la escasísima o nula circulación de vehículos por la zona, máxime al ser sábado por la noche, pues los camiones y furgones no circulaban.

Los minutos transcurrían con rapidez, como si fueran al compás del cuentamillas.

Al fin, llegaron a aquella especie de arco de entrada que daba acceso a la propiedad.

—¿Estarán arriba? —preguntó June.

—Supongo que sí.

Vic Lank abrió la radio que llevaba incorporada en su coche privado y se comunicó con la central.

—Aquí el sargento Lank llamando, aquí el sargento Lank llamando, cambio.

—Central de policía a la escucha, cambio.

La voz llegaba clara y Vic Lank volvió a hablar.

—Voy al templo, estoy ya cerca de él. Si veo algo extraño volveré a llamar dentro de pocos minutos, cambio.

—Permaneceremos a la escucha. Si necesita ayuda, dos patrulleros y el helicóptero se presentarán en poco tiempo, cambio.

—De acuerdo, cambio y fuera.

Colgó el micrófono de su radiotransmisor y mirando a June preguntó:

—¿Quieres esperarme aquí?

—No, de ningún modo, pasaría más miedo.

—Está bien.

Vic Lank apagó las luces del coche, abrió la guantera y sacó su revólver con una funda que se colocó en el cinturón. Reanudó la marcha sin luces y evitando al máximo el ruido del motor.

Cuando estuvieron a la vista del templo que reverberaba su blancura a la luz de la luna, como si gozara de la protección de ésta, detuvo el coche y dijo:

—El resto lo haremos a pie, hay que sorprenderles.

Se apearon del Ford que quedó frenado en mitad del camino.

La noche era cálida. June estaba emocionada y no le importaba caminar; también ansiaba descubrir cuál era el misterio que encerraba aquel solitario templo levantado en el desierto.

—Mira, hay un coche frente al templo —señaló la muchacha.

—Sí, ya lo he visto, es un Chrysler, posiblemente sea el que buscamos.

Con sigilo, se acercaron al coche. Vic Lank abrió la puerta con cuidado, examinó el interior y viendo las llaves en el contacto, las quitó, guardándoselas.

—Así no podrá huir.

—La puerta del templo está cerrada —le hizo observar June.

—Ya veo. Podemos rodear el templo y entrar por la otra puerta que da al púlpito.

Rodearon el singular edificio y entraron por la puerta posterior que se hallaba abierta. Entraron sigilosamente, como ladrones nocturnos.

Vic Lank había desenfundado su pistola de reglamento y observaba atento en todas direcciones. De pronto, escucharon un grito espeluznante, un grito que brotaba de una garganta femenina mientras una voz gutural, cavernosa, lanzaba al aire conjuros ininteligibles.

Se adentraron más y descubrieron al extraño ser que se hacía llamar Aristeo.

Tenía una larga y afilada daga entre sus manos, se hallaba frente a un sarcófago de mármol y su actitud era demencial.

Tras él, Gwen permanecía encadenada a una columna, totalmente desnuda y escoltada por dos mastines negros de ojos sanguinolentos. Más a la derecha estaban Laura y Sarah, quietas, medio sonrientes, también desnudas.

Sarah tenía el cuerpo lleno de sangre, lo que no parecía afectarla lo más mínimo. Por su parte, el cuerpo de Laura estaba limpio, aunque podían apreciársele varias cicatrices.

La que había gritado era Gwen, la única encadenada en la columna.

—¡Auxilio! —chilló Gwen de nuevo con voz desgarrada.

Aristeo, aquel diabólico ser surgido de la noche de los tiempos hundió la daga dentro del sarcófago. Se escuchó un quejido y la daga volvió a reaparecer, ensangrentada.

—¡Quietos en nombre de la Ley! —ordenó Vic Lank, amenazándoles con su pistola.

—Estúpido mortal —le recriminó Aristeo al verle—. No conseguirás que interrumpa la ceremonia. Estas mujeres son mías, serán mis compañeras.

Como si nada pudiera impedirse, volvió a hundir la daga dentro del sarcófago.

—¡La está asesinando, la está asesinando! —Gemía Gwen—. ¡Es Iris, es Iris!

Detrás de las columnas, una sombra se agitó, inquieta, tratando de huir. Era Mulligan, pero la puerta estaba cerrada.

Vic hizo un disparo sobre el cuerpo de Aristeo que no se conmovió lo más mínimo. Vic estaba seguro de haberle dado de lleno, pero el diabólico anciano se volvió hacia él y se rió, gritando:

—¡Soy inmortal, los Daimonion me protegen, mortal estúpido entre los estúpidos!

Laura y Sarah que estaban totalmente transformadas también hablaron.

—Nosotras también somos ya inmortales y siervas de Aristeo. Viviremos siempre. Seremos cuerpos una vez al mes y gozaremos del festín de las víctimas que nos ofrecerán su hígado, signo de vida.

—¡Callaos! —gritó June que sentía que la cabeza le iba a estallar.

Corrió al sarcófago y descubrió a Iris llena de sangre.

Aristeo la cogió por un brazo y la arrastró hacia atrás. Gritó unas palabras y del sarcófago, aleteando, salió un cuervo que graznó.

Vic Lank, con el arma en la mano, no sabía qué hacer. Era evidente que los proyectiles no afectaban a aquel insólito personaje.

Se fijó entonces en los dos mastines negros que no le atacaban pero sí gruñían amenazadores y no lo dudó un instante. Hizo dos disparos contra ellos, un plomo para cada uno. Vic Lank podía alardear de tener buena puntería y dio entre los ojos de cada uno de los animales que cayeron al suelo revolviéndose espasmódicamente y babeando un líquido verde y viscoso.

Aristeo aulló:

—¿Qué has hecho, qué has hecho? —se estaba descomponiendo—. ¡Ellos son los Daimonion encamados que me protegen! ¿Qué has hecho?

Aristeo, todavía con la daga en la mano, trató de avanzar hacia Vic Lank pero se tambaleó, cayó al suelo. Se rompió a pedazos mientras su cuerpo se descomponía con una velocidad vertiginosa.

Dentro de la túnica blanca desapareció la carne y apareció un esqueleto que rápidamente se redujo a cenizas. Miles de años pasaban en segundos sobre lo que había sido un cuerpo humano o quizá infrahumano que quedaba deshecho mientras los perros dejaban de respirar; ellos no se descomponían.

Cuando Vic Lank miró hacia Laura y Sarah, las vio también caídas en el suelo.

June, aterrada, vio como el cuervo que había estado volando se desplomaba sin vida y ya en el suelo se metamorfoseaba espantosamente entre violentos espasmos hasta convertirse en el cuerpo ensangrentado de Iris.

Gwen se había puesto a chillar desenfrenadamente; su mente no era capaz de digerir lo que estaba presenciando.

—¡Quien esté entre las columnas, que salga! —ordenó Vic, apretando su propio estómago para no dejarse llevar por las emociones.

Se produjo una detonación y una bala pasó rozándole. Vic Lank corrió hacia las columnas, se entrecruzaron varios disparos más y vio una sombra. Le disparó.

—¡Aggg!

Seguro de haberle acertado, Vic avanzó siempre protegido entre columnas hasta que encontró a un hombre medio tumbado con un balazo en la parte alta del muslo, casi tocándole la ingle.

—No dispare, me entrego... Soy inocente, yo no sabía que querían a las chicas para crímenes rituales, para devorar su hígado. No entiendo nada, nada.

—Todo eso ya lo contarás en la estación de policía —gruñó Vic Lank arrebatándole la pistola y esposándole pese a la herida.

EPILOGO

Mulligan fue sentenciado a cadena perpetua después de ser curado y autodeclararse culpable.

Los cuerpos de Iris, Laura y Sarah fueron incinerados por expresa voluntad de sus respectivas familias para no entrar en problemas con ningún cementerio religioso.

Gwen tuvo que ser recluida en una clínica psiquiátrica de la que se dijo saldría en el plazo de un año o año y medio, cosa que Vic dudaba, pero prefirió no hacer comentarios al respecto.

June había soportado bastante bien los trágicos sucesos aunque prefirió alejarse de aquella zona y la Justicia prefirió no hablar demasiado de lo ocurrido.

—¿Crees ahora en los hechos inexplicables? —preguntó June ya dentro del coche de Vic Lank; acababan de casarse ante el juez de paz.

—No.

—Pero, Vic, si tú lo viste...

—De acuerdo, lo presencié, pero prefiero no creer, así dormiré más tranquilo. Tú lo dijiste, soy un hombre pragmático y lo que más me interesa ahora es encontrarme a solas en una habitación contigo y si no hay cama, me basta con una alfombra mullida.

June inclinó su cabeza hacia él y semicerró los párpados. Ella también prefería olvidar; de lo contrario, el resto de sus días terminaría convirtiéndose en una pesadilla insoportable. Buscar explicación a lo inexplicable era absurdo, ¿para qué torturarse más?

Alargó su mano y la puso sobre el vientre del hombre. Se encontró con una cremallera que fue abriendo con lentitud.

—Cuidado, estoy conduciendo.

Ella no hizo caso, diciéndose que él ya era su marido.

FIN